

naria belleza, mezcla de china y americano, los ojos oblicuos, los labios delicados en la fación correcta y el cabello rubio y el esbelto y alto tipo norteamericano. Hay chinas muy bonitas. Y las muchachas judías destacan por su hermesura de ojos y silueta. La palmeril muchacha color canela es melancólicamente atractiva. Menuda, ligera de cintura, de ojos vivos, de sonrisa expresiva y de bellos cabellos de intenso negro azulado. La panameña viste modesta y con buen gusto. El hombre es despreocupado y gesticuloso.

Mi acompañante me llama la atención de un caballero que desciende de un lujoso automóvil. Lleva correcto chaqué gris y bombín del mismo color. Saluda cordialmente a todos. Es pequeño, con largo bigote blanco y anteojos, cadenas en su blanco chaleco y bastón. Tengo ante mí una de las más populares figuras de Panamá. El doctor Belisario Porras, ex Presidente de la República, que, aunque bastante anciano ya, a todos recuerda por su nombre y a todos habla de su familia sin equivocarse. Su popularidad fué casi mítica. Me cuentan que, en época electoral, a su regreso de un viaje, el pueblo desenganchó los caballos del coche en que iba y lo arrastró en triunfo disputándose ese honor. El noble caballero del chaqué gris entra y sale de la Botica Francesa. Mi mejor amigo de Panamá es el dueño de ella.

Unas muchachas tomaban helados en las mesas de cristal en cuyos vientres se exponían perfumes, barras para los labios, estuches para la manicura, etc. Verdaderamente que resulta una extraña farmacia. De un lado, los anaqueles repletos de específicos y frascos diversos. En los mostradores de cristal, objetos de tocador y para tratamientos médicos. Un muchacho de piel oscura despacha febrilmente. Sobre los armarios los grandes cartones de anuncios con

atractivas figuras y colores anuncian la última pasta para los dientes o el último comprimido para el dolor de cabeza. Al fondo, sentados en unas sillas, un grupo de mujeres y hombres del pueblo esperan su turno ante el célebre doctor Chanis, inteligente panameño graduado en Inglaterra.

Frente al mostrador de la Botica, el de la Heladería. En sus altos caballetes, diversas personas ingieren los ricos *Ice cream* y los batidos en los espumosos vasos. Sobre el mostrador y las mesas, los cónicos recipientes cerrados contienen las blancas cañitas. El ruido de la batidora mecánica anuncia constantemente un nuevo batido. Las paredes están cubiertas con los anaqueles donde un repostero español, Borrell, presenta sus ricos dulces. He aquí algo de lo que hace catorce años contenía una botica en Panamá: café y farmacia. Por ella desfilaba mucha vida y no había mejor observatorio para ir comprendiendo el país y la colonia española, ya que se completaba con una tertulia a la que concurrían los españoles y algunos panameños. Puede uno indigestarse de dulces y helados; en los mostradores de enfrente encuentra el remedio a las consecuencias de su glotonería.

Sentados en una mesita contemplamos esta gran feria panameña y siempre quedamos bajo la impresión de su problema de razas. Entonces sólo un 15 por 100 de la población panameña era blanca pura; las mezclas étnicas alcanzaban un 71,2 por 100. Las otras razas puras eran en proporciones pequeñas: negros, un 10 por 100; indios indígenas, un 4 por 100, y orientales, especialmente chinos, un 0,8 por 100. Los taxistas, los tranviarios y los cocheros son la mayoría morenos. En cambio, en los altos pescantes de las chivas, vemos los hindúes con sus turbantes. Pero

el tipo humano de la mezcla en Panamá da el tono color canela de la piel que es sumamente agradable. El panameño alcanza una estatura media de 1,65 metros; la panameña, de 1,55 metros. Cuando volví a Panamá por segunda vez,



Tipos indios de Panamá

quedé bajo la impresión de que se blanqueaba la población. Había menos morenos en los servicios públicos y la juventud presentaba más acusados los rasgos de la raza blanca. El panameño es inteligentísimo y muy agudo y dispuesto para el estudio y las profesiones intelectuales. Como nos ocurre a los andaluces, no es de gran actividad para el trabajo. Socialmente es de una gran cordialidad y cuando alguien le disgusta, maneja la ironía con sutileza.

Preocupados los gobiernos panameños por el mejoramiento de la raza, han limitado la inmigración de color obscuro y amarillo hasta prohibirla; y, en cambio, ha favorecido la europea, principalmente cuando las familias venían dispuestas a vivir en los campos y a trabajar las tierras. Se hicieron también ensayos. En Coco, cerca de Paja, fracasó en nuestros días un intento de colonización alemana. En Capira, en cambio, triunfó una familia patriarcal. Numerosas familias europeas e individuos del viejo continente han constituido hogar en Panamá y son muy numerosos los panameños de padres europeos. De los 60.000 extranjeros que, según el censo de 1921, había en Panamá, la mayoría eran morenos antillanos; pero la población blanca pura, entre panameños y europeos, llegaba a 52.069. La mayoría eran mestizos (267.961).

Los primitivos modernos en Panamá están formados por las razas de chocoes (estudiados por el barón Nordenskjöld) que habitan en el Pacífico, la región de Darién, próxima a Colombia; los changuinas y dorasques, que habitan en el lado atlántico por Bocas del Toro. Pero las dos grandes tribus indias son las de los "cunas" del archipiélago y costa de San Blas y la de los guaymíes de Chiriquí.

XI

La organización política de Panamá y el Presidente

Cinco años de vida en Panamá me han permitido conocer su organización y costumbres políticas. Por las mismas explicaciones de los panameños he conocido también ese mar inquieto y aquietador de su vida pública. Mi afecto e interés por el país me han hecho intentar de comprender sus instituciones, sus órganos ejecutivos y su administración.

El país lo rige un Presidente que es elegido cada cuatro años por el voto directo de los ciudadanos el primer domingo del mes de agosto y toma posesión el día 1 de octubre del mismo año. El Presidente es el jefe del Poder Ejecutivo y gobierna con sus ministros. Un cuerpo legislativo cuyos diputados son también elegidos por el voto directo, constituyen la Asamblea que el Presidente reúne cuando es de ley y cuando lo cree conveniente. Cada diez mil habitantes eligen diputado. Ante estos representantes, el Presidente explica su gestión administrativa. Los órganos del poder ejecutivo son los Ministerios.

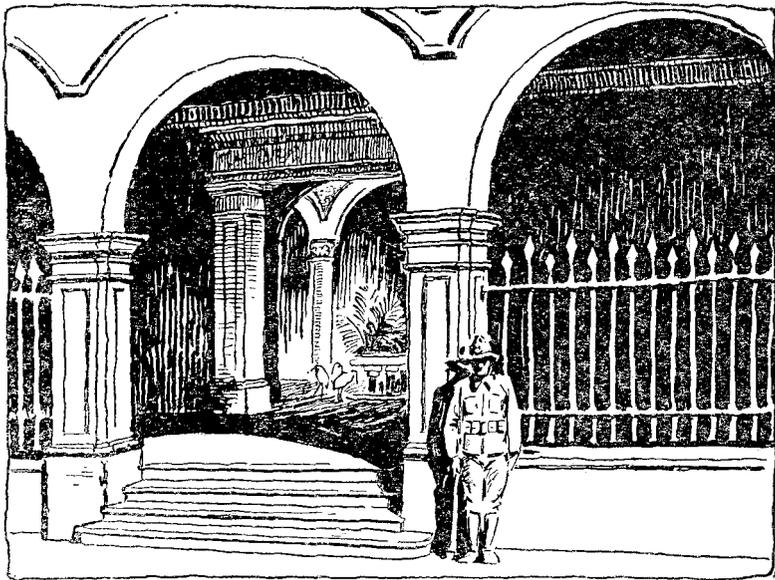
El ministro de Gobierno y Justicia es como el jefe del Gabinete, ya que es el órgano de que se vale el Presidente para entender en todas las cuestiones que afectan al régimen. El brazo armado del Presidente para asegurar el orden

público es la Policía Nacional, en la que figura un cuerpo de Caballería cuyos jinetes fueron instruídos primeramente por el capitán español Zulueta. El Ministro de Gobierno nombra los gobernadores y éstos a los alcaldes que, a su vez, nombran los corregidores. Los municipios se rigen por un concejo o ayuntamiento que se elige cada dos años por el voto directo del pueblo. El poder judicial lo ejercen los cinco magistrados que el poder ejecutivo nombra uno a uno y alternativamente, por períodos de diez años. Éstos forman la Corte Suprema de Justicia, que es el tribunal de última instancia o casación. Como suplentes de los magistrados se eligen tres conjueces. Por el voto de aquéllos se eligen los jueces de circuito, que reunidos en corte eligen a los jueces municipales. Aun hay los jueces de policía y los de barrio, que son nombrados por los alcaldes. El ministerio público tiene sus representantes en todos los tribunales.

La religión de Panamá es la católica, pero hay capillas abiertas a todas las religiones, con libertad para sus cultos.

El Presidente es el jefe del Estado. Prestigiosos hombres del país han ocupado la Presidencia, unos por elección popular y otros en calidad de designados. Al día siguiente de mi primera llegada, hice la visita de cumplido al Presidente. Ya había aprobado mi contrato de trabajo y fuí a presentarle mis respetos. El Palacio Presidencial, construído a principios de este siglo, es un edificio de tipo colonial que se distingue por su severa elegancia. Los soldados de la Policía Nacional con sus sencillos trajes kaki, sus polainas y su sombrero americano, guardaban la puerta, fusil en mano. Tres arcos, guarnecidos por verjas, daban acceso al edificio. Ante el central, sobre dos columnas cuadradas, se adelantaba una especie de porche que servía por su parte de arriba de terraza al balcón central del palacete.

En el tímpano, sobre el dintel en piedra blanca observo el escudo de Panamá. En el estilo suizo de su contorno contiene cuatro cuarteles separados por una franja horizontal. La franja ostenta la representación del canal con el Sol



Entrada al Palacio Presidencial de Panamá

poniente, en recuerdo de que el acto de la independencia del país fué al atardecer. Los cuarteles superiores tienen uno, sobre fondo blanco, un haz de armas (rifle y espada) colgantes de una cuerda, como símbolo de que el país renuncia a la guerra; el otro cuartel superior presenta sobre fondo rojo un pico y una pala cruzados como símbolo de trabajo. Los inferiores tienen uno el cuerno de Amaltea en oro sobre fondo azul; el otro sobre fondo blanco la

rueda alada del Progreso. Sobre los cuarteles superiores descansa sus garras un águila de abiertas alas, cuyo pico sostiene una cinta que se extiende a uno y otro lado con la leyenda "*Pro mundi beneficio*". Sobre la cabeza del águila formando arco, de ala a ala, están las nueve estrellas que representan las provincias que forma la nación panameña.

Hemos penetrado en el patio que sirve de pórtico al palacio. El centinela y el oficial de guardia hacen el saludo al funcionario panameño que me acompaña.

El patio es una maravilla de gracia, de elegancia, de buen gusto. Losas grandes forman los claustros de la galería de arcos de medio punto y bellas columnas cilíndricas de capiteles floridos. Los fustes de ellas están recubiertos de piedrecillas anacaradas que brillan al sol de mediodía. Tiestos de palmeras decoran el patio abierto cuyo suelo está empedrado a la manera de los paseos de nuestros jardines y en el centro un bello surtidor arroja sus cristales sobre una artística taza que se apoya en sus columnitas enanas clavadas entre el agua en el suelo. Unas blancas garzas melancólicas contemplan el correr del agua en meditabundos gestos.

Subimos escaleras de mármol. Todo es pulcro y sencillo. Hemos de esperar unos momentos para ser recibidos. Desde el balcón de la sala de espera contemplo este mar Pacífico de la bahía frente a Palacio. La plaza urbanizada que se extiende ante la Presidencia termina en una verja pintada de gris. Allí la marea hace cabecear las embarcaciones en esta agua plomiza y brillante. Ante la misma Presidencia los barcos componen sus velas mientras en los muros próximos, cuando se acaba la verja, los hombres en mangas de camisa con sus sombreros calados observan y dialogan con los del mar. En los vientres de las pequeñas

embarcaciones se ven frutas y pescados y las grandes maromas de cuerdas. A lo lejos cantan y de las modestas casitas próximas a la Presidencia las chillonas estridencias de una vitrola....

Se nos avisa que el Presidente nos recibe. Es un salón acogedor. Tras una mesa, un caballero de varonil apostura, tiende la mano cordial. Estoy ante el ingeniero don Florencio Harmodio Arosemena, Presidente de la República. Le agradezco mi nombramiento, y él se interesa por cosas de España sin perder un momento su afectuosa cortesía que tanto estimé... A la salida, iba complacidísimo de la acogida, me asomé a ver las barcas pesqueras y contemplé la bandera panameña que, desde entonces, contemplo con devoción familiar mía. Ese rectángulo con cuatro cuadrados: uno rojo, otro azul y dos blancos, uno con una estrella azul y otro roja es el símbolo de la unión de los partidos políticos al servicio de la Patria.

XII

Comunicaciones

Panamá es una nación todo costas. De aquí que sus mejores medios de transporte sean los marítimos. Por el lado atlántico la compañía frutera norteamericana "United Fruit Company" toca semanalmente los puertos de Cristóbal y Bocas del Toro con sus magníficos barcos blancos que también van a Costa Rica. Una flotilla nacional panameña contribuye también con sus embarcaciones a motor y a vela con capacidad de unas 200 a 500 toneladas. Por el lado del Pacífico barcos nacionales análogos tienen establecidos servicios regulares de pasaje y carga desde hace unos cuarenta años. Pero pocos países del mundo tienen excelentes comunicaciones con el exterior. Imponentes transatlánticos de todas las nacionalidades y desde todos los puntos del globo, tocan el puerto de Cristóbal en la tierra panameña atlántica y, los que pasan el canal, Balboa en su parte pacífica. Las banderas de las más importantes líneas de navegación ondean al viento en Panamá. Diariamente pasan de uno a otro océano unos veinte vapores.

Las comunicaciones por carretera se extienden cada vez más. Desde hace unos 25 años el Gobierno de Panamá, que ha tenido Presidentes ingenieros, se preocupó seria-

mente de construirlas de tipo superior (concreto y macadam bituminoso) cuyo coste era en 1929 a razón de 12.000 dólares por kilómetro. En el informe Robert de este año se preveía en unos 16 millones de dólares el coste total



Una carretera panameña

de la construcción de caminos. Todas partían de la capital con una anchura media de seis metros. En ellas pueden encontrarse bellos paseos. La circulación por estas carreteras a las horas de la tarde y sobre todo los fines de semana es intensísimo, pues es uno de los países que en proporción tiene más automóviles. Las famosas "chivas" pintadas de amarillo las encuentra uno en las calles de Panamá y por todos los caminos. Para los paseos nocturnos los coches de

caballos tienen un viejo prestigio que ni los años ni el ritmo violento de la vida moderna consiguen amortiguar.

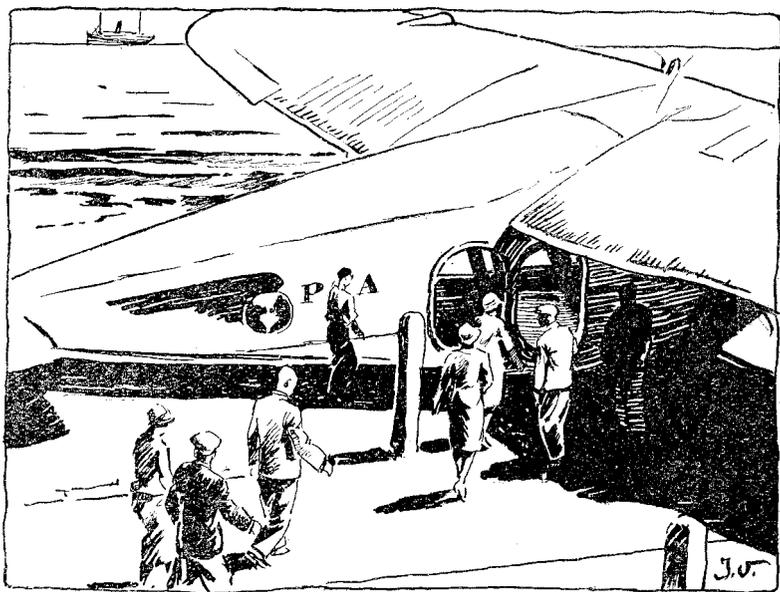
Las líneas aéreas son también magníficas. La "Pan-American Airways" tiene espléndidos aviones de pasaje con servicio regular a Méjico, Nueva York y los Ángeles hacia el Norte; y hacia Lima y Santiago de Chile hacia el Sur. También hay servicio aéreo regular con David (Chiriquí) y un hidro, con todo el confort moderno, viaja diariamente entre Colón y Panamá, sobre el canal.

Las vías férreas, además de la del canal no han sido olvidadas por los gobiernos panameños. Hace treinta años que funciona el ferrocarril de Chiriquí, que tiene tres pies de entrevía, y que va desde Puerto Pedragal a David y sube la pendiente de la cordillera para después de Dolega bifurcarse: una rama en dirección a Potrerillos (17 kilómetros) y otra a Boquete, ambas regiones cafeteras. Otra línea va de David a La Concepción, rico centro de la misma provincia, y de este punto a Puerto Armuelles, una distancia total de 87 kilómetros. Esta prolongación la dirigió antes de subir a la presidencia de la República el ingeniero Florencio Harmodio Arosemena. Los muelles del último puerto citado en la bahía de Charco Azul así como el ferrocarril de Chiriquí, que es nacional panameño, habían costado al Gobierno de Panamá 5 millones de dólares en 1929. Para el transporte de mercancías tienen locomotoras a vapor; pero también usan coches motores movidos por gasolina para el servicio regular de pasajeros.

De los viajes por el istmo, uno de los que más llamó mi atención fué el que hice de Panamá a Colón en hidropiano. Lo recuerdo como si hubiese sido ayer...

Eran las nueve de la mañana del día 8 de enero de 1938. Desde mi balcón, en el segundo piso de la popular casa

“La Pollera” en la Avenida Central de Panamá, diviso una mañana limpia. El cielo y el mar los veo brillar con esa pureza del día immaculado. La serenidad del Pacífico se ha adornado hoy de un color azul turquesa. Casi se parece



Un avión del servicio de Panamá a Colón

al Mediterráneo. Veo flotar en lejanos trechos los pañuelos tendidos de las lanchas pesqueras. Un ruido de motores trae brillos a mis ojos elevados en este balcón alto frente al mar. Estas escuadrillas militares me han recordado que hoy me trasladaré por el aire a Colón.

Un lujoso automóvil de la compañía aérea ha venido a buscarme. Y, previo precinto de mi máquina fotográfica nos acomodamos en los confortables sillones del hidro. Es

una elevación majestuosa. Voy a hacer la travesía del canal — ya conocía la del ferrocarril y la del barco — por avión. Panamá con un festón de espumas en sus playas, con su bahía poblada de diminutas embarcaciones y sus edificaciones, en marcha, tejados aplastados hacia el mar se ve grande, extendida, y con su cerro Ancón salpicado de troneras vigilantes. Balboa, entre aguas y cerros, festoneada de muelles de cemento y llena de barcos pegados a su puerto. Veo las dos grandes torretas de acero de un buque de guerra que dormita en su muelle. Desde el aire son como dos adornadas banderillas que hubiésemos clavado a un caimán tripánico. El edificio de la Administración de Balboa descansa la cuadrada herradura de sus rojos tejados sobre un cerro. A sus pies las dos filas de palmeras del prado que vienen a parar ante el “Club House” de Balboa. Multitud de casas iguales se agrupan.

Pasamos sobre la cordillera. La selva es una fantasía muda. Desde el aire tiene monotonía su grandeza. Hay más variedades y sus zonas presentan modalidades en el verde y en los árboles. Bien claro se ve la distinta tonalidad del bosque que como un tapiz dibujado en el suelo, nos presenta el relieve de sus figuras. Las aguas brillan y en las esclusas las vemos esclavizadas del cemento. Los cortes en la cordillera es lo más característico desde el aire. La blanca mole de un barco con negro penacho de humos pasa ante el cerro de Oro del corte, navega en plata líquida y la sombra del monte deja su relieve reflejado en las aguas que se oscurecen con su sombra de verde gris perla. El nervioso ferrocarril nos parece un tren de juguete en una estación hecha por los niños.

Pasamos sobre el lago Gatún y la concha de espumas de su represa. En el lago de aguas blancas navegan las islas

verdes. Pronto damos vista a la bahía de Limón, distinguimos France Field, los depósitos de carbón de Cristóbal (que junto con los de Balboa tienen una capacidad de 700.000 toneladas) y el Hotel Washington de Colón. En el recinto distinguimos las blancas veredas entre macizos verdes. El monumento a Colón es sólo un punto junto a una línea de palmeras que parecen como una marcha de arañas en fila india. Cuando el hidro amara miramos el reloj: sólo han pasado veinte minutos de nuestra salida de Panamá. La distancia a vuelo de pájaro de un océano a otro es de cerca de 34 millas (57,4 kilómetros). En un coche de caballos vamos por el lado del mar en aquellas calles de Cristóbal, mitad parque y mitad blancas construcciones de abiertas galerías y porches. Con la marea baja hacemos fotografías sobre las rocas.

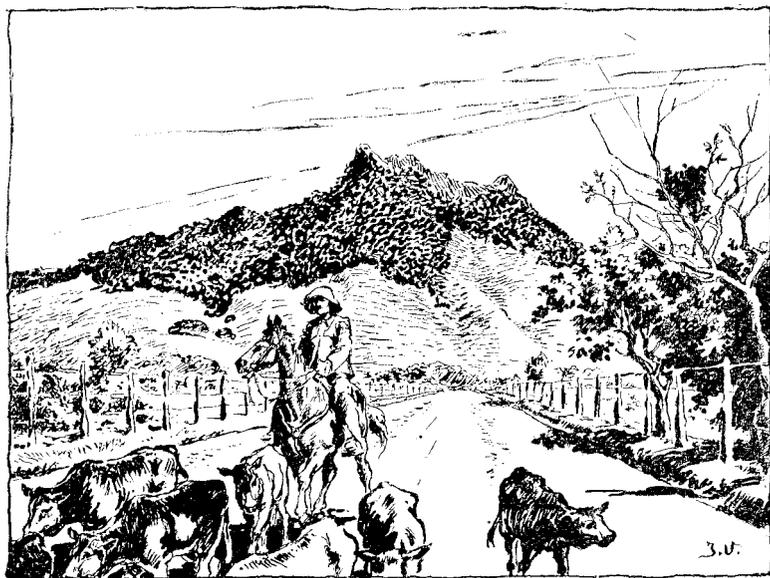
XIII

Riquezas naturales de Panamá

Desde los tiempos de la colonia, Panamá fué un importante sitio de paso. En nuestros días el turismo ha sido su principal fuente de riqueza. Unas 750.000 personas visitan el país en el espacio de un año. Lo lucrativo que resulta el paso de turismo y mercancías ha hecho a los habitantes de Panamá tener un sentido de la vida más propio a otras actividades que a la explotación de la tierra o de las posibles industrias para las que el país suministra abundantes materias primas. Tal vez también su poca población y su facilidad para conseguir alimentos ha hecho que los panameños se desentiendan señorialmente de estas menudencias que los extranjeros han explotado en ocasiones. Panamá, nos dicen los técnicos, brinda aún muchas posibilidades de riquezas que podrían explotar sus naturales sin mucho esfuerzo.

La variedad de climas y el suelo permiten variados cultivos. En gran escala no se hacen todavía, pero van comenzando. Basta fijarse en el de la caña de azúcar por ejemplo. El área de terreno preparado con tractores aumenta en un año desde 16 hectáreas a 110. Lo que más ha cultivado el hombre de los campitos del interior ha sido el maíz, que

puede dar hasta cuatro cosechas anuales. Mediante un cultivo científico se podría llegar al de más excelente calidad. Lo mismo ocurre con el arroz, que es como un alimento nacional, indispensable en el país en toda comida.



En el campo panameño

En determinadas regiones se obtiene buen cacao (los cacaotales silvestres del Valle, el de Chorcha en Chiriquí) que empieza a concurrir a los mercados exteriores. En las vegas (la de Vuelta Abajo, por ejemplo) se produce magnífico tabaco. En Chiriquí se da muy buen café. Es Panamá tierra muy rica en tubérculos tropicales. El ñame ha alcanzado hasta 60 libras de peso. La yuca es más usada en la comida panameña que la patata. También se dan buenos

camotes, especies de batatas dulces y feculentas. De frutas se dan las más extraordinarias y sabrosas de los trópicos: piñas, cocos, guayabas, chirimoyas, guanábanas, guavas, hobos, mameys, caimitos, papayas, aguacates o paltas, mangos, toronjas, etc. En sus bosques hay maderas riquísimas. El árbol de la caoba en los bosques del Darién alcanza alturas gigantescas. Roble, cedro, maría, cocobolo, higuerón, tamarindo, etc. El árbol llamado panamá se dijo que había dado nombre al país por su frecuencia. Tiene el ramaje tupido y menudo. También pueden citarse las vainillas, copaios y nances de altas ramas. El caucho se explotaba ya a principios de siglo por la "Daríen Gold Mining Company". Puede cultivarse en la costa del Mar Caribe y en la pacífica región del río Tuira. En tierras interiores, en las hoyas del Alto Chucunaque y del Alto Bavano. Hay bambúes que dan muy bellas varas, pero la industria bastonera está en decadencia. La mayor parte de las selvas panameñas permanecen vírgenes y aun no se ha cortado un solo árbol.

Tiene Panamá bellísimas flores, distinguiéndose especialmente algunas regiones como Chiriquí y su Valle de la Luna. Rosales silvestres, claveles reventones, jazmines y las flores de la albahaca, yerbabuena, y el romero. Son muy propias del Panamá las orquídeas, de maravillosa belleza y, dentro de ellas, la llamada Flor del Espíritu Santo. Cautivó la atención en lo alto de unas peñas al platero Cristóbal de León cuando atravesaba el istmo en la expedición de Balboa que descubrió el Pacífico.

El solo descubrimiento floral de esta extraña orquídea hubiera justificado la expedición. Toma su nombre porque sus cónicos y aterciopelados pétalos blancos parecían hacer nido a una blanca paloma que sugiere la de la Tercera Per-

sona de la Santísima Trinidad. Los indios también le encontraban significación religiosa a esta flor de delicado cultivo, que exige sitio seco e invernadero en los climas fríos, para sólo florecer una vez al año, generalmente un día de agosto. Unos amigos americanos me llevaron a ver esta flor de un solo día que cuidan en Balboa. La noche de su florecimiento es un acontecimiento en la zona. También se dan plantas olorosas: mastranto y curía; y hasta la tierra seca tiene su propia decoración (entre el cascajo, el cactus, el bleado y las pitas).

El istmo de Panamá es como el puente zoológico de las dos Américas.

Los animales más frecuentes en el istmo son los de todo país tropical, especialmente el jaguar, el mono y las serpientes. En cuanto a éstas, han sido descritas para Panamá cerca de 70 especies. Las hay venenosas y no venenosas. Las serpientes venenosas panameñas son: la “terciopelo o equis” que es la que más veneno produce y llega a medir hasta tres metros de largo. Vive cerca de los ríos y en los platanares. Se alimenta de ratas y batracios. La “bocaracá, cornuda o de pestañas”, también llamada “oriol”, que vive en las ramas de los árboles y es frecuente en la región del Chagres; la “patoca o nariz de puerco”, entre el pueblo “viejita y víbora negra” que sólo tiene medio metro y es frecuente en las sabanas. Pacora y Chepo: la “mapaná” verrugosa que tiene el largo de la terciopelo pero más corpulenta y la llaman también “cascabela muda” por un diente que lleva en la cola; la “serpiente de mar”, de la que se han encontrado ejemplares en el barrio de Bella Vista de Panamá y en Puerto Armuelles (Chiriquí) que llama la atención por su coloración de amarillo y negro; la “coral” que cuando es venenosa, tiene la cabeza chica y los

ojos pequeñísimos y sus anillos negros simples. Es difícil que ésta ataque, pues es sumamente tímida, pero si lo hace su veneno es muy irritante.

Es peligroso caminar por los bosques sin preocupación,



Una iguana

pues resulta fácil pisar la serpiente dormida y sentirse apisionado en su espantosa cadena de músculos de hasta diez metros de largo como la “boa”. Impresiona sentir a la culebra arrastrarse hiriendo las hojas y presionando las lianas y sentir sus estridentes silbidos o el ruido típico de la “cascabela”. Un reptil curioso de ver es la culebra de dos cabezas. En Panamá encontramos muchas especies de monos. De ellos la más notable es la del “perico ligero”, llamado así iróni-

camente por ser el más perezoso animal de que se tiene noticia. Es desdentado y duerme eternamente, colgado por las cuatro patas de las ramas de un árbol. Así permanece mientras al alcance de su hocico queda alguna hoja, corteza o insecto para comer. Cuando al extender el ocico no queda nada por comer, hecho una pelota se deja resbalar por el tronco del árbol para buscar nuevo sitio. Se dice que ni siquiera duerme, sino que vive amodorrado con los ojos cerrados para menor molestia. ¿Fué en el istmo donde los conquistadores españoles vieron por primera vez a los monos hacer puentes para atravesar anchos ríos? ¿Fué allí donde por primera vez se vió ahogarse “el último mono”?

Encontramos animales fieros o pacíficos como el puma, el jabalí silvestre que baja a las playas en busca de algas marinas, el venado, los conejos muleros y pintados, armadillos, zaínos y la peste de los bosques, las ratas destructoras, los devastadores hormigueros y los repulsivos mamíferos voladores (murciélagos y vampiros). También se da en Panamá el zorro, ciervo, gato montés y el gato de agua o nutria. De los caballos, introducidos allí por primera vez en el continente americano, es muy popular el pequeño “caballo moro” que utiliza muchísimo el hombre del interior del país. En las lagunas y esteros se encuentran guíchiches, zarcetas, patos cucharos, garzas y a las orillas del río las palomas, perdices, loros y ardillas. Aves las hay de bellísimos plumajes además de las garzas, como pavos reales, guacamayos, y son notables el turpial, la oropéndola (de alas negras y cuello amarillo), el faisán, la lechuza, el mochuelo, la gallineta y el fúnebre cocorito que desde el ramaje lanza su canto lúgubre, el bimbim, el colibrí, el pájaro burlón, los periquitos. Las de presa (águila real, bui-

tre, cuervo, etc.). Hay en algunos pueblos ricos gallineros y son muy aficionados a las riñas de gallos.

La ganadería es de las industrias nativas más importantes de Panamá. La cría del ganado se adapta perfectamente



“Hay en algunos pueblos ricos gallineros y son muy aficionados a las riñas de gallos.”

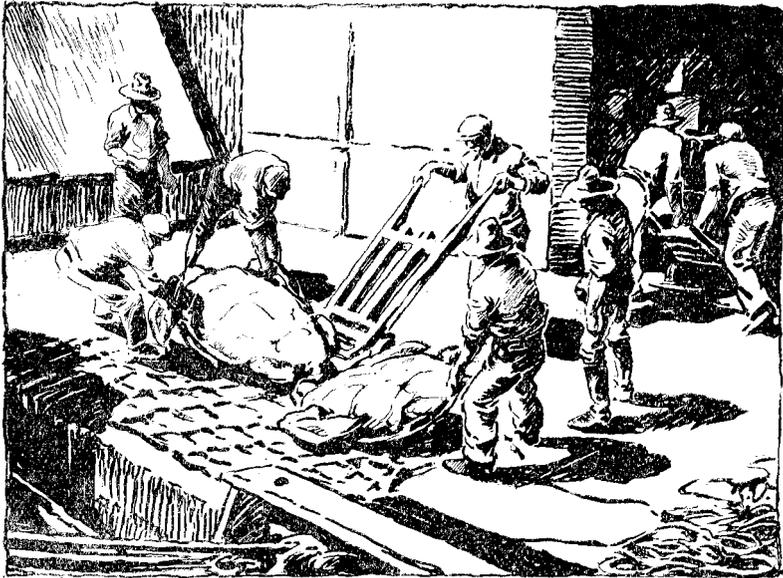
al terreno de sabanas que se extiende desde el canal hacia el Oeste en unas 300 millas hasta las tierras altas de la provincia de Chiriquí por los valles llanos y laderas de las montañas que están bien regadas por ríos. La existencia total de rebaños se ha calculado en 370.000 cabezas de ganado bovino y se calculan en unas 50.000 las que se sacrifican al año. Cerdos hay cerca de 300.000. Hay pastos naturales, pero los propietarios de potreros han introducido

algunas hierbas forrajeras (hierbas de Pará, Guinea y la indiana).

En el subsuelo se dice la existencia de minerales. Castilla del Oro se denominó esta costa. Las minas de Cana (Darién) produjeron grandes cantidades; las del Remanso (Veraguas), que estuvieron en explotación desde la Colonia, están modernamente concedidas a una empresa británica cuyas inversiones pasan de las 500.000 libras esterlinas. Aun buscan los aventureros en las cabeceras de los ríos tan preciado metal. Los geólogos aseguran que en las vertientes de la cordillera han hallado cobre, plomo, zinc y otros metales. También se ha hablado de hulla y hasta de petróleo. Nada de esto es explotado todavía de manera formal.

Pero más que sus bosques ubérrimos y las secretas riquezas de las entrañas de su tierra, Panamá es célebre por los tesoros marinos. Panamá se ha dicho que significa “abundancia de peces”, en el lenguaje de los indios de la época de la conquista. En una carta de Pedrarias de 1516 se lee “Panamá es una pesquería en las costas del Mar del Sur y a la abundancia de peces dicen los indios “panamá”. Ambos mares suministran ricos pescados que son la base de la alimentación de los panameños. Los más preciados son la corbina, el sábalo y el mero. Éste llega a pesar 60 kilos y alcanza hasta 2 metros de largo por 30 centímetros de circunferencia. Los moluscos son exquisitos (ostras, ostiones, longorones, almejas, etc.). Hay camarones hasta de 25 centímetros. La langosta es de las más suculentas del mundo. Los cangrejos llegan a pesar hasta media libra cada uno. El deporte favorito del hombre de las costas es la pesca del tiburón, mediante arpones, y se comercia ventajosamente con la piel. Pero la fama principal de los mares panameños se debe desde la época de Balboa a las ricas perlas y a la

concha-madre. El descubridor, al navegar por el golfo de Panamá dió el nombre de las Perlas al grupo de islas que hay en el mismo. Quedó admirado al ver las canoas de los indios con sus proas cuajadas de perlas, así como las pa-



“En el Atlántico se explota otra riqueza, que es el carey del caparazón de las tortugas...”

letas de sus remos. El archipiélago de las Perlas ha sido desde entonces célebre por esta peligrosa empresa de la bucería. En el mismo mar y en las costas de Chiriquí encontramos otro pequeño archipiélago dedicado también a esta industria que es el llamado de las Paridas. En el Atlántico se explota otra riqueza que es el carey del caparazón de las tortugas que alcanzan tamaños extraordinarios. De ella se

hacen preciados objetos en el país del carey. Los nativos hacen salmuera de su carne. En los ríos se practica la caza del caimán, de preciosa piel, y en sus esteros, de las garzas — como las que dijimos ornan el patio del Presidente —, cuyas plumas tanto aprecia el turismo.

Toda esta riqueza natural debería ser más explotada por Panamá, cuya industria es reducidísima. Sólo puede señalarse la destilación de alcoholes y la preparación de licores. De esta industria, derivada de la fabricación de azúcar de caña, llegó el Gobierno de Panamá, cuando la ley Volstead regía en los Estados Unidos, a derivar ya rentas de medio millón de dólares. Y hasta llegó a funcionar una fábrica de whisky, que es alcohol de maíz. Hoy, a pesar de la abolición de la ley seca, la industria más próspera del país es la de la cerveza, que cuenta con marcas acreditadas que han dado lugar a los Jardines de Cerveza, la última palabra en cuanto a sitios de esparcimiento panameños. Los accionistas de estas fábricas, según se dice, se reparten importantísimos beneficios. También hay industrias de otras bebidas similares a la gaseosa, que dado el clima cálido resultan productivas.

Otras industrias son todavía incipientes como las de zapatos, muebles, tejidos, sombreros, cigarrillos, etc.

Panamá exporta anualmente millones de racimos de bananos y cacao, café, cocos, taguas, caucho, balata, leche de níspero, zarzaparrilla, pieles, copra (coco disecado), vaquetas, plumas, conchas, madreperla, perlas, carey, maderas preciosas en bruto y manufacturadas y productos tintóreos, medicinales y oleaginosos de sus plantas y árboles. Lo ha de importar todo, pero vuelve a salir por el turismo, especialmente en la época que es el verano de los Estados Unidos y de Europa.

XIV

División territorial

La nación panameña tiene nueve provincias. Todas son marítimas y una — la de Veraguas — con costas a los dos océanos. Siguiendo el arco que forma el istmo de Panamá son: Bocas del Toro, Veraguas, Colón y su circunscripción de San Blas al lado atlántico; Chiriquí, Veraguas, Los Santos, Herrera, Coelé, Panamá y Darién al Pacífico. Entre la última citada y la de Los Santos se forma el Gran Golfo de Panamá. Estas provincias se subdividen a su vez en distritos.

La de *Bocas de Toro*, cuya ciudad capital es la de su nombre con 10.000 habitantes y puerto importante, limita al Norte con el Mar de las Antillas, al Sur con la provincia de Chiriquí, al Este con la de Veraguas y al Oeste con la vecina nación de Costa Rica. Toda la provincia tiene 9.086 kilómetros cuadrados y alrededor de 30.000 habitantes. Es provincia agrícola (caña de azúcar principalmente) y minera (oro y carbón). De su gobierno dependen los distritos de Chiriquí Grande y Bastimentos. En su distrito de Bastimentos se encuentra el Archipiélago de Bocas del Toro (islas del Drago o Colón, Provisión, Cristóbal, Solarte, Popa y

Bastimentos capital del distrito). A 8,5 millas de la costa la isla llamada Escudo de Veraguas. Tiene las dos hermosas e históricas bahías de Almirante y Laguna de Chiriquí. Aparte su riqueza de plantas y árboles se ha distinguido como provincia pesquera, especialmente de la tortuga. Son notables sus caracoles marinos. Pinart escribió sobre esta región (París 1885).

La provincia de *Veraguas* limita al Norte con las de Chiriquí, Bocas del Toro y el Mar de las Antillas; al Sur con el Pacífico; al Este con las de Colón, Coclé, Herrera y Los Santos y al Oeste con la de Chiriquí y el Pacífico. Comprende 12.094 kilómetros cuadrados y unos 85.000 habitantes. Su capital es Santiago que tiene unos 15.000 habitantes. Sus distritos son: Santa Fe, Cazobre, San Francisco, Cañazas, Las Palmas, Soná, La Mesa, Río de Jesús, Montijo, además del que lleva el nombre de la capital. Es una provincia rica; produce café, cacao y cereales y algún mineral (oro, cobre). Figura, además, como provincia ganadera. Está cruzada de ríos (Veraguas Viejo, Concepción, Bejuco, Guasaro, Santiago, Candelaria, Ponuga, San Pedro y San Pablo).

La provincia de *Colón* tiene 7.279 kilómetros cuadrados y unos 80.000 habitantes. Su capital, Colón, es la segunda ciudad en importancia de Panamá, con 35.000 habitantes. Limita esta provincia al Norte con el Mar de las Antillas; al Sur con las de Coclé, Panamá y Darién; al Este con el Mar de las Antillas y Colombia; al Oeste con las provincias de Veraguas y Coclé. Además de la circunscripción de San Blas y el Archipiélago de las Mulatas quedan dependiendo del gobernador de Colón los islotes Escribano, Naranjo, Grande y La Guayra. Se encuentra carbón y petróleo en Río Viejo, yodoformo y abundancia de manga-

neso en Viento Frío, y platino en Playa Colorada. Se habla de oro en Coclé al norte. Sus distritos son Donoso, Chagres, Colón, Portobelo y Santa Isabel.

La provincia de *Chiriquí* tiene 9.564 kilómetros cuadrados y unos 112.000 habitantes. Limita al Norte con la de Bocas del Toro; al Este con la de Veragua; al Sur con ésta y el Pacífico y al Oeste con Costa Rica. Esta provincia agropecuaria es la más rica de Panamá. Maderas, plantas y minas son sus riquezas, junto con las frutas y las perlas. Las exportaciones chiricanas son muy antiguas. Ya en el año de 1850 el cónsul inglés en un informe incluía una lista que equivalía a 233.286 dólares con las exportaciones de esta región que pueden dar idea de lo variado de su producción en el mismo siglo XIX (arroz, maíz, nísperos, tabaco, vainilla, aceite de coco, canela, zarzaparrilla, puercos y ganado, gallinas, perlas y concha madreperla, tablones y pepitas de cedro). Los distritos que comprende esta provincia, además del de la capital David (16.000 habitantes), son: Bugaba, Alanje, Boquerón, Dolega, Boquete, Gualaca, San Lorenzo, San Félix, Remedios (la ciudad que un día fué Pueblo Nuevo de los Remedios y que destruyó Grognet en 1865 es hoy sólo un rico potrero) y Tolé.

La provincia de *Los Santos* que cierra el Golfo de Panamá por el lado oeste tiene unos 5.125 kilómetros cuadrados, y unos 90.000 habitantes. Limita al Norte con la de Herrera y el Pacífico que a su vez la baña por el Este y el Sur; al Oeste la provincia de Veraguas. El ramal de la cordillera tiene alguna altura considerable aquí, y de sus vertientes bajan los ríos La Villa, Guararé, Mensabé, Pocrí, Pedasí, Tonosí, Oria y Cambutal. Produce minerales, legumbres y frutas. Su capital es Las Tablas, 14.000 habitantes, y sus distritos, además del que lleva el nombre de ella,

son Tonosí, Pedasí, Pocrí, Guararé, Los Santos y Macaracas.

La provincia de *Herrera* tiene unos 29.000 habitantes y su capital Chitré más de 3.000 habitantes. Limita al Norte con las provincias de Veraguas y Coclé; al Este con el Pacífico y la de Los Santos; al Sur con ésta y Veraguas y al Oeste con la última citada. Sus distritos son Los Pozos, Las Minas, Ocú, Pesé, Chitré, Parita y Santa María.

La provincia de *Coclé* tiene unos 43.000 habitantes. Su capital es Penonomé con unos 3.000 habitantes. Limita al Norte con la provincia de Colón; al Este con la provincia de Panamá y el Pacífico y al Sur con este mar y la de Herrera, y al Oeste la de Veraguas. Se distingue por su producción agropecuaria y minería (oro y plata).

La provincia de *Panamá*. Su creación más moderna es de 1719, cuando se erigió el virreinato de Santa Fe. Tiene una extensión territorial de unos 24.000 kilómetros cuadrados y unos 120.000 habitantes. Sus límites son: al Norte la de Colón; al Este la del Darién, al Sur el Pacífico y al Oeste las provincias de Coclé y Colón. Sus distritos son: San Carlos, Chame, Capira, La Chorrera, Arraiján, Panamá, Chepo y Chimán. Tiene esta provincia dos distritos isleños en la bahía de Panamá que son el de Taboga y el de Balboa, que comprende el Archipiélago de las Perlas.

La provincia del *Darién* tiene unos 20.000 habitantes. Su capital, La Palma, no llega a 1.000. Sus límites son: al Norte la circunscripción de San Blas, Colón al Este, esta circunscripción y la República de Colombia; al Sur, ésta y el Pacífico y al Oeste este mar y la provincia de Panamá. Cierra por el extremo Este el Gran Golfo de Panamá. Está dividida en dos extensos distritos: Pinagona y Chepigana. La mayoría de su población son indios que habitan las se-

rranías. Los centros más importantes tienen gran valor histórico como el Real de Santa María y Santa Cruz de Cana.

Los distritos en que se clasifica Panamá son 62 y ellos se dividen, a su vez, en numerosos corregimientos que alcanzan el número de 400 en todo el país.

Veraguas

El nombre de Veraguas es muy rico en la Historia por haber sido uno de los primeros lugares de la Tierra Firme que tocó Colón en su cuarto viaje. Después de la de Portobelo estableció otra en la boca del río Belén; paralelo a 3 millas corría el Veraguas. La colonia se denominó Santa María de Belén. El primer Adelantado Bartolomé Colón ascendió por el curso del Belén, donde se encontró con el Quibián de Veraguas, todo él adornado de oro. Los indios de la región del Belén eran cobrizos de color, pequeños de estatura, de pómulos salientes y barbilampiños, pero fuertes de complexión y robustos de miembros. Además muy limpios; se hundían en el río tres o cuatro veces al día. Iban casi desnudos y cubrían sus ingles con caracolas y ceñidores de oro. Adoraban al Sol y tenían numerosas mujeres. Uno de los caciques del istmo — Tubanamá — llegó a tener ochenta. Despreciaban a los débiles a quienes eliminaban sin piedad. Las mujeres se iban a tener sus hijos, solas a la orilla del río. Sus adulterios se castigaban bárbaramente.

La entrevista entre el jefe cristiano y el cacique indio fué cortés y cordial, Pero las enfermedades y el hambre

(no había subsistencia para el hombre allí; el padre Las Casas refiere una espeluznante escena de la que fueron enloquecidos protagonistas treinta españoles a quienes se acabaron las provisiones) y el haberse acrecido la hostilidad de los indios, no permitió que la colonia de Belén prosperase. El Quibián fué apresado, pero maniatado y todo saltó al agua y se salvó (su guardián Juan Sánchez murió en Jamaica sin poder olvidar la huída de su prisionero) y congregó a las tribus e hizo fiera guerra a los españoles, que abandonaron la colonia de Belén sin que llegase al año de su fundación. De aquí Colón fué a la laguna de Chiriquí.

El cacique indio más famoso que tuvo esta región fué Urraca, que dominó mucho espacio de la sierra. El gobernador Pedrarias lanzó después contra él dos expediciones (una marítima mandada por Gaspar de Espinosa, y otra por tierra que dirigía Francisco Pizarro) y, ante el fracaso de ambas, el mismo Gobernador desembarcó en la costa de Natá con 150 soldados seleccionados. Urraca, “bajo la protección de la diosa Tabira”, los hizo caminar hacia un desfiladero de donde a duras penas consiguieron salir sin alcanzar al pícaro cacique. Pedrarias se volvió a Panamá y dejó a Diego de Albites en Natá. Albites consiguió aprisionar a Urraca, pero tan diestro como el Quibián, logró huir del barco que lo había de conducir a España. Urraca murió de muerte natural en sus montañas sin haberse entendido jamás con los capitanes españoles.

Se ha hablado mucho del terror que la caballería despertaba en los indios. El licenciado Gaspar de Espinosa, que por promesa no podía montar a caballo, previa autorización de su confesor hizo un viaje desde Santa María la Antigua hasta Natá, pasando por tierras de Chepo y de lo que es hoy Panamá, substituyendo el caballo por un burro,

El pacífico cuadrúpedo asustaba a los indios con sus rebuznos estentóreos y el licenciado les decía que el monstruo pedía oro, por cuyo sencillo procedimiento el Alcalde Mayor de la Antigua obtuvo de los indios unos cien mil pesos de aquel metal.

La provincia panameña que dió título ducal a los Colones está separada por el lado de la costa atlántica de la de Bocas del Toro por el río Calovébora y por la del Pacífico de Chiriquí por el Tabasará. Hoy su ciudad capital es Santiago (fundada por los españoles en 1521), que ocupa una planicie. De sus lugares más notables tenemos Los Maraños y La Mesa. En el lecho del río de este nombre ha quedado varado, Dios sabe por qué alteración geológica de la colina, un haz de diez metros de largo por tres de ancho, de cilindros de rocas basálticas al que en la región denominan el "Barco de piedra", que es una verdadera maravilla de la naturaleza, además de un atractivo lugar. El gobernador de Veraguas reside en Santiago y tiene bellos pueblos bajo su mando, como Natá, San Francisco, Montijo (centro comercial y maderero), Soná, Las Palmas, Cazobre y Santa Fe con sus encauchados. Además tiene a su cargo tierras isleñas, como la de Quiba o Coiba con la colonia penitenciaria panameña (la isla más grande de su jurisdicción) y las islas Contreras, Verde, Leones y Cebaco en el Golfo de Montijo y la de Jicarón, la más mar afuera.

Además de ser una de las regiones más panorámicas e industriales, es de las más ricas en folklore. Sus llanuras están sembradas de caña de azúcar y papaya, como en El Espino y El Anón; sus haciendas y campos tienen nombres típicos como "El Cañacillas", "El Guarumal", "El Bichal"; sus montañas están llenas de guaridas para hombres y alimañas como El Quebro; sus quebradas son impresionantes

como la de Tóceres; sus ríos, como el anchuroso Santa María, tienen haciendas en sus orillas y las canoas lo atraviesan de una a otra y los muchachos bravos desafían la fiereza de sus rápidos para evitar el pago al barquero y hacer deporte de su valor; ríos que, a veces, se muestran embravecidos como el Cuvibora; los niños y mozos vienen de la raya de Santa María a las fiestas de Santiago o a la de la Candelaria de Montijo. En toda esta inmensa provincia sus mozos saben templar la guitarra mejoranera y cantar décimas e improvisar cuartetos y redondillas. Bailan al dulce tamborito santiagueño con caja, pujador y repicador y saben de cumbias, punto, punto zapateado, curacha, bularengue y sueste.

Junto al color canela criollo veréis agregarse a veces un tipo blanco puro de viejo campesino español hoy con su sombrero de junco, su camisa de algodón de coleta por fuera del corto pantalón, su "peinilla" o machete, sus cutarras y sus zamarras y su indumentaria puebluna completada con el garrotillo o mulero. Indios, españoles y criollos se desplazan para las "juntas de embarrá" del campo vecino (contribuir a construir un rancho de paredes de caña y barro); otras veces a velar un muerto donde se come y se bebe de lo lindo entre las "guarichas" o lámparas de kerosín.

¿Conserva todavía el interior panameño estas costumbres viejas? ¿Han de ir a buscarse a la cordillera? Y, cuando llega el caluroso mes de marzo y la sequía abrasa de sed a hombres y bestias y cuando arden mil fogatas por las montañas y hay que "quemar la roza" ¿cantan todavía bellas canciones los ronderos que vigilan los límites del fuego armados con trozos de tallo de plátano y guineo? Y cuando vienen las lluvias y las llanuras se llenan de lagunas del agua

pertinaz ¿cuentan los viejos las consejas de terror que oyeron a los abuelos?

Allí oiréis cosas fantásticas del que vió al mismo diablo con su olor de almizcle, el que fué arrebatado a largas distancias y apareció demudado en sitios inaccesibles. Andan todavía por aquellos breñales para aparecer con las últimas tareas del desmonte la Mula Enfrenada, la Viejecita del Cabo, Mariana del Monte, el Fraile sin cabeza, y la famosa Silampa de la madrugada? Para libraros de esos fantasmas habéis de aprender a rezar el credo al revés. Aprenderéis tradiciones curiosas para saber quién cometió un crimen (llenando de sal la boca de la víctima y poniéndola boca abajo, inmediatamente aparece el asesino) y para que se confiese un delito durante el sueño (tomando con la mano derecha el dedo corazón de la mano izquierda del durmiente y oprimiendo el corazón con la izquierda). ¿Perdieron ya los campitos interioranos estas estampas que la imaginación pone en los hogares durante las interminables veladas de la época de las lluvias llenando de miedo los bohíos? ¿Se cree en el mal de ojo a los peladitos y se les protege con ajos colgados a manera de collar? ¿Se protegen los sembrados con calaveras de vacas y los jardines con cascarones de huevo? Hoy te lo cuentan por chiste y ayer no más lo creyeron en aquellas serranías los abuelos, los blancos y los criollos.

Los sacerdotes y los maestros han destruído esos fantasmas de la imaginación como los médicos toda la pintoresca medicina pueblana. En los cuentos panameños de Nacho Valdés encontraréis muchas de las fórmulas que los curanderos campesinos empleaban con sus crédulos clientes: Ceniza de tabaco para las niguas, té de arrieras tostadas para tener hijos, pasmo “jediondo” para los dolores de cabeza.

Para una grave dolencia no definida el curandero recetó que el enfermo tomase los martes “muñiga de vaca desbaratada en agua de malva bobita y te de palma bendita”, y los viernes, guásimo macacao con verdolaga por agua de pasto”. En el bohío santiaguëño un trozo de estiércol defiende el hogar de los voraces mosquitos.

Las comidas del interior son muy sabrosas. En cualquier vivienda campesina veréis en el fogón arder dos grandes ollas: una de arroz y otra con fríjoles colorados o de bejuco. Ambos alimentos son la base de la comida en el interior como en la ciudad. El arroz blanco con asadura o con plátano frito o con guandúes o con dulce para hacer rico postre. El arroz en una gran fuente de calabaza substituye a la micha (pieza larga de pan), pues se come y acompaña toda la comida. Hay ricas fritangas y pasta de harina al horno (arepas, empanadas, carimañolas, tortillas pintadas, etc.). El tasajo de puerco comparte con el suculento sancocho de gallina con yuca y ñame y los “tamales” el ser la gala de la comida panameña. También les gusta los embutidos sobre todo las morcillas y no desprecian la comida de lata que les viene de la ciudad.

La iguana también la comen en los campos. Es un animal limpio que se alimenta de limpias hierbas. En la rama donde está la agitan hasta que cae atontada; entonces la cazan y la llevan a la cocinera. Yo he comido iguana y confieso que se asemeja a la carne de gallina y que no siendo de muy fino paladar pueden confundirse. Los huevos de la iguana son también sabroso manjar. Tienen en el interior sus postres como el bienmesabe, el dulce de la pepita asada del marañón, el de naranja, el pan de huevo, etc.

Todo esto se rocía con chocha, seco cimarrón, ron y el café tinto que es también la cortesía para el huésped. Para

las indigestiones hay también su purgante campesino a base de magnesia, raspadura, cañafístula y limón. Es sabroso este comer en escudillas de madera y con la cucharona de calabacero. Los pueblos tienen también sus cantinas y en ellas encontrará usted whisky, aguardiente y licores de la ciudad y todas las conservas capitalinas... Y hasta si lo desea, el cantinero le hará un buen cocktail de ginebra que usted podrá ingerir en los taburetes de cuero y jugárselo a los dados con el cubilete de cuero también.

Naturalmente que los cultivos veraguenses son a base de arroz, frijoles, maíz, hortalizas. Las llanuras son cañaverales de caña de azúcar y la rica papaya, que es exquisito desayuno. En los jardines forman calles los ciruelos y en sus arriates revientan claveles andaluces y varillas de margaritas y azucenas. Cuando se va a quemar la roza los trojes están abarrotados de manotadas de arroz, maíz encapullado y semillas de otoaes.

XVI

Chiriquí

Es una de las más variadas, más ricas y bellas de las provincias panameñas. Mac Curdi, Aquiles Vanucci y Narciso Garay han escrito mucho sobre esta interesante región. Desde mediados del siglo XIX, las revistas históricoarqueológicas dieron a luz numerosos artículos (Squier y Meagher, Merrit y Baleman, Zeltner y otros). Este interés por la región chiricana se debió al enorme revuelo que despertó la busca de la mina "La Estrella", que hizo excavar tierras en aquella zona. No apareció la ambicionada mina, pero sí riquísimos enterramientos indios ("huacas" en su lengua) y con ellos americanos y europeos llegaron al conocimiento del arte de grabar la piedra, modelar el barro y trabajar los metales de los indios "guaymíes", que son los pobladores de la región. Conocieron las antigüedades chiricanas y los hombres de la región, las costumbres que tenían y las que siguen teniendo en sus ranchos diseminados de milla a milla en la serranía de Tabasará y en los cerros de sus estribaciones, en las orillas de sus ríos y en las costas e islas.

Indómitos y poco amigos de vasallaje, cuando Bartolomé Hurtado exploró su costa no le fué posible desem-

barcar en las tierras chiricanas por la fiereza de sus indios. De la belleza de las mujeres guaymíes — hoy viva en la de las chiricanas — puede hablar aquel capítulo del Alcalde Mayor de Santa María de la Antigua, el licenciado Gaspar de Espinosa, cuando después de fundar Natá no había manera de arrancarlo de la provincia de Chiriconá, donde había sido presa de Sinca. El Chiriquí de hoy queda separado de Costa Rica por Punta Burica en la península de este nombre y de la provincia de Veraguas por el río Tabasará, que desemboca frente a la isla M. de Tinta. Se separa de Bocas del Toro por la sierra de Tabasará, cuyos poblados limítrofes son Lino e Indios. Su mar es de los más poblados de tiburones y, bajo la jurisdicción del gobernador de la provincia que reside en David, quedan también las islas Sapo, Morro de Jina, Pocarda, Higueros, Sevilla (la más grande), Espartal, Boca Brava, las Paridas, Muerto, Bolaño, Gámez, Venado, Esparta e Insólita (próximas a la desembocadura del río Santiago); más alejadas de la costa quedan las islas Ladrones y Secas.

El desembarcadero de hoy es Puerto Pedregal, precedido de un largo estero, entrada por el mar que tiene David. Ascendiendo por el cerro Pabón se encuentran poblados indios que han sido visitados por don Narciso Garay en calidad de folklorista (Horconitos, llanos agostados sin agua, Boca del Monte, Sábalo, El Pabón, Quebrada de Hacha e Higueros). Ha de irse sobre caballerías. En las alturas está Soloi, donde hay jefe indio, señor de las serranías. David, la capital, dista 300 millas de Panamá. Es como un pueblo andaluz con patios llenos de flores, aromados de jazmineros, de rosales y de claveles. En las ramas cantan los ruiseñores sus leyendas pueblerinas y eternas... En las casonas se revela música colonial hispánica, el sentido amo-

roso de la abuela y en torno a ella, como una matriarca, hijas y nietas...

En las alcobas humildes, la gran cama de la abuela y la gente joven y cachorril ocupa jergones y camastros. Chiriquí es vasta provincia de sierras y llanos, de montañeses garridos y de hombres sin ley en las llanadas. Por eso y por ser región ganadera la bandería más frecuente es la del cuatrero fresco y valiente. ¿Quién puede hacer regir ley en los retiros del Río Solles, del Común de las Coclazas o de la Mata del Estí? ¿Quién frena las dos indomiteces — la hispánica y la guaymie — del chiricano del llano y del poblado? Seguir el ferrocarril hasta Boquete (52 kilómetros) para en la sequía ver las matas amarillas o sentir calarse el espíritu en una lluvia interminable. Boquete tiene fama de bellas flores y en los altos de sus árboles la oropéndola echa al campo su orquesta modernista de disonancias, quizá por envidia al rumor del río Caldera, o porque le alegran las mozas que trajinan en sus orillas. Si de Boquete vais a Potrerillos podréis probar los más ricos aguardientes campesinos de caña: el “guarapo” amarillento que tanto gusta al del interior. Si volvéis al ferrocarril, llegarse a Dolega a ver sus trapiches maderños que funcionan en la paz de los campos con la pareja de bueyes que mueve los rolos trituradores de las cañas. Me figuro el espeso y dulzarrón olor de cuando cortan las cañas en la costa de mi tierra granadina. Pero este ferrocarril chiricano nos pasa por campos llenos de bananos, los bananeros de la Flota Blanca.

En los departamentos de San Félix y en los distritos de Remedios y Tolé, entre las serranías y el mar, van los indios por los vericuetos de la montaña. Ellos con su machete (“perica”) y ellas con la carga (el “motete” a la espalda

con el bebé debajo de anchas hojas que le protegen del sol). Fumando grandes pipas mitad de piedra, mitad de madera. Ellos con su camisa fuera del pantalón, vestidos color de tierra; ellas con una especie de camisón o bata talar hasta los pies. Hombres y mujeres con sus sombreros de palma. Estos guaymíes, primitivos actuales de caras pintadas, tienen un gran sentido del adorno y un buen combinar del color, como puede observarse en sus collares de cuentas o “chaquiras” y en las plumas de quetzal y de guacamayo con que tocan sus atuendos.

A veces aparecen las humanas e incomprensibles extravagancias. Sobre sus espaldas echan animales disecados, de cuyas colas cuelgan alegres campanillas que van enredándose por entre los breñales. Alejan con ello el maleficio cuando van a una fiesta o deporte. Porque el guymíe es deportista y su deporte es la “balsería” o juego de la balsa que consiste en dejarse arrojar un gran madero de metro y medio a las corvas y saber eludirlo para convertirse en el acto el agresor. La víspera del juego se establecen campamentos que, como siempre que se reúnen, es para beber chichas (la fuerte y fermentada de maíz nacido o la fresca de maíz tostado).

En torno a las tinajas van y vienen los hombrecitos con sus lámparas de petróleo. En los altos de Tolé y en sus estribaciones quedaron desiertos los hogares, vacíos los sitiales, los “tucos” o bancos, los escabeles de madera y el “jorón” (el camastro arriba adonde se sube por un madero estriado) y quedó inmóvil la mano de piedra para machacar el grano. La vajilla viaja con la familia (todos los utensilios son de calabaza seca “totumas”, “tulas”, equivalentes a jarros y vasos y platos y cucharas).

¿Qué religión tienen estos paganos guaymíes? El cris-

tianismo tiene entre ellos numerosos prosélitos, pero su religión ancestral es inexcrutable. El indio no la dirá a las gentes de color (ellos llaman así a los blancos y también a los negros, por los que sienten verdadera aversión por lo general). Los “tunjos” nos han dado las imágenes de su fervor: el extraño personaje con un sonajero en la mano derecha y la flauta en la izquierda, suprema deidad de la mitología indígena; el jaguar, el mono, la serpiente, el caimán, el armadillo y hasta las abejas. El jaguar humanizado y el dios-loro son frecuentes.

Conocemos algunos nombres poéticos de sus dioses montaraces, como Tepelloyotli (corazón de las montañas). El hombre se entierra con sus armas (machete, flechas y avíos de caza). Estos hombres sienten también el miedo y la angustia de las inmensidades que les rodean y en su imaginación surgen los seres imaginarios, casi siempre hijos del terror de algún caso criminal lejano, pero presente en el cuento de los ancianos.

El más fantástico es el de la “tulvieja” en la que creen los criollos también. Se dice que asesinó a su hijito, y lo anda llamando por los siglos de los siglos por aquellas breñas y zarzales, por aquellos picachos y por los bordes de las torrenteras que van a los ríos. Muchos aseguran haber visto la “tulvieja”, espantosa creación del miedo (cuerpo de gato montés, patas de caballo, la cara como un erizo de púas cerdunas y con las garras de sus manos abriéndose paso en la maleza). Ha de huirse del excesivo beber chicha y “agüito” (agua del cacao hervido) y del atracón de las golosinas lugareñas (raspaduras, golifardo, pujillo, etc) si ha de caminar luego en la soledad de los despeñaderos o esteros. La indigestión, como el hambre, atrae a la espantosa “tulvieja”.

XVII

La circunscripción de San Blas

En un motor velero de unas cuatrocientas toneladas es un sugestivo viaje costear el litoral panameño de la provincia de Colón. Saliendo de esta ciudad y pasando San Alejo y Punta Gorda, llegamos a Portobelo. Al entrar en la bahía nos encontramos con el Fuerte de San Felipe hecho ruinas. El primero de Portobelo era todo de hierro. Los americanos, después de volarlo con dinamita, utilizaron aquellas planchas gloriosas en las esclusas del canal. Portobelo era la fortaleza española del Atlántico y Morgan, cuando tomó el último de sus fuertes (el de San Jerónimo) en 1688, tuvo que valerse de la villana estratagema de proteger a sus bucaneros con los cuerpos de las monjas españolas prisioneras. Sus ruinas castilleras y sus máquinas de guerra duermen sueño de olvido devoradas por la maleza. Su iglesia de San Juan de Dios es sólo una guarida de alimañas. El más visible y conservado es el que fué magnífico coloso de su Aduana. De las 130 casas de la ciudad de entonces sólo queda este ejemplo patente de cómo pasan los hombres y los edificios con sus grandezas.

El hueco solar muestra sus robustos muros y la grandiosidad de su fachada por cuyos ventanales se asoman

frondosos arbustos como símbolo del olvido y de la indiferencia en que los hombres dejaron aquella importantísima oficina, donde se clasificaba y formalizaba toda la riqueza que los conquistadores extraían a las tierras colonizadas. Por este edificio pasó aquel decantado e hiperbólico oro que se enviaba a la corte española y que las caravanas de mulas recorrían por aquel camino empedrado que conduce a Panamá y del cual todavía se conservan trozos. Hoy por sus ventanales y rico porche de columnas sólo transita el viento del Pacífico, dejando su tarjeta de salitre a los reptiles que hoy duermen tranquilos su sueño en las abandonadas piedras. Indiferentes a tanta historia, los moradores de hoy apoyan sus casas y cabañas en los restos de las construcciones que tanta grandeza guardan.

Pasado Punta Manzanillo no es la bahía de San Cristóbal, ni Palenque, ni Santa Isabel lo que llama nuestra atención sino otra ciudad española que fué puerto terminal del istmo en el Atlántico en tiempos de la colonia de España hasta 1597. Pero se ha borrado por completo. Si de sus edificios del siglo xvi queda algo, duerme un profundo sueño bajo la tierra. Nombre de Dios no nos ofrece ninguna ruina. Cuando llegamos a la isla del Porvenir (antigua del Perdón) estamos ya en un fondeadero de la circunscripción de San Blas. Un pequeño edificio de construcción con la bandera panameña y los soldados de la policía de Panamá nos indican la soberanía política de aquel territorio. Vemos una playa baja entre cuyos remolinos de arena surgen los cangrejos. Ligeras embarcaciones de grandes velas blancas y esquifes de imperceptible calado rodean el barco de los turistas. Las cabañas, aun cerca, dan la impresión de que flotan en el mar con sus techos a dos aguas. Son de caña brava (quincha), hojas de palmera y barro.

Defienden sus puertas del sol con tejido de tallos de plátano y utilizan un mobiliario económico a base de troncos de árboles, cajones vacíos y latas. La prueba de lujo es la ha-



En el archipiélago de las Mulatas

maca. Se defienden de la adversidad con fetiches domésticos.

Cuando nos internamos en el golfo de San Blas empiezan a desfilar las islas del Archipiélago de las Mulatas. Es el espectáculo atractivo de unas cuatrocientas islitas que semejan balsas flotantes en el mar. De éste parecen partir los troncos de las palmeras cuyas ramas, despeinadas por las tormentas, acarician las aguas dormidas por donde pululan, como mosquitos de madera, estas embarcaciones

hechas de una sola pieza, en bruto, de los troncos de los árboles, cuyos remos, que son pequeñas palas, mueven este barco sin calado y sin fondo. Los remeros han de mantenerse en cuclillas, que es la posición de cualquier otra persona que ocupe la embarcación, o en pie procurando equidistanciar los pesos para no romper el delicado equilibrio.

La embarcación es al indígena tan necesaria como el automóvil o el tranvía en Panamá. Estos leños les permite comerciar de isla en isla. En la de Narganá tiene Panamá su retén mayor de policía. Un panameño dirigió la construcción de un puente de madera que la une ingeniosamente con la de Nusutupu (hoy el Corazón de Jesús).

Sus habitantes son de la raza "cuna" y resultan como enanitos al lado de sus visitantes. Las mujeres, aun las niñas pequeñas, llevan el "cloth" que se anudan sobre el pecho y bajo las axilas y que les sirve de falda y blusa a la vez. Lo ponen sobre la mola o camisa india formada con telas de algodón estampadas, y con superpuestos dibujos geométricos. La mezcla de colores es armoniosa y bella. Se adornan con brazaletes y profusión de collares de cuentas de cristal y coral, de huesos de guaco, de semillas secas o de monedas. Llevan pendientes de la nariz taladrada una nariguera o argolla de metal amarillo que les pende. Se ligan brazos y piernas para dejar su piel bordada. Se peinan con largos flequillos sobre la frente y aun cubren su cabeza con una toca de color rojo que les queda colgando por la espalda. Son carirredondas, de pómulos salientes, de bocas no mal formadas y de labios ligeros. Aunque un tanto levantadas de hombros y no esbeltas de cuerpo, hay algunas que resultan honitas en aquel escenario de aguas muertas, de palmeras soñolientas y de cabañas maltrechas. Ya han aprendido ellas lo útil que resulta la llegada de los turistas

pues en seguida les ofrecen sus telas, sus gargantillas y sus bolsas con labores del archipiélago.

Los niños van desnudos y entrando por la moda de los campesinos panameños. Todos tienen los cabellos lacios y



Revolta de los mscbiguas

de un negro intenso. Llaman la atención algunos albinos. Una cara joven de cabello blanco hace oscilar sus ojos acaramelados martirizados por el sol en un ansia de ver a los turistas. Son muy limpios y aseados. Su principal actividad es la pesca. También usan trapiches para moler la caña. Son, por lo general pacíficos aunque en febrero de 1925 se levantaron contra la autoridad de Panamá e hicieron víctimas en los panameños allí residentes. De esta sangrienta

revuelta de los silenciosos machiguas se culpó a Mr. Marsh un americano que en viaje de estudios, medio enloqueció de locura tropical y se proclamó emperador de las islas.

El ilustre diplomático panameño doctor Narciso Garay,



Un poblado de las Islas de San Blas

en un bello libro sobre tradiciones y cantares de su patria nos ha descrito las viejas costumbres paganas de estos indios de San Blas. Su fetichismo (el “suar mimi” que ahuyenta los malos espíritus) y los cantos milenarios, llenos de sugestivas expresiones, de sus cantores (“kantules” y “kansuetis”), de sus magos (“neles”) y de sus curanderos (“inatuledis”). El señor Garay con la anuencia de los jefes indios (“sailas”) nos ha dado técnicamente sus melodías y sus ins-

XVIII

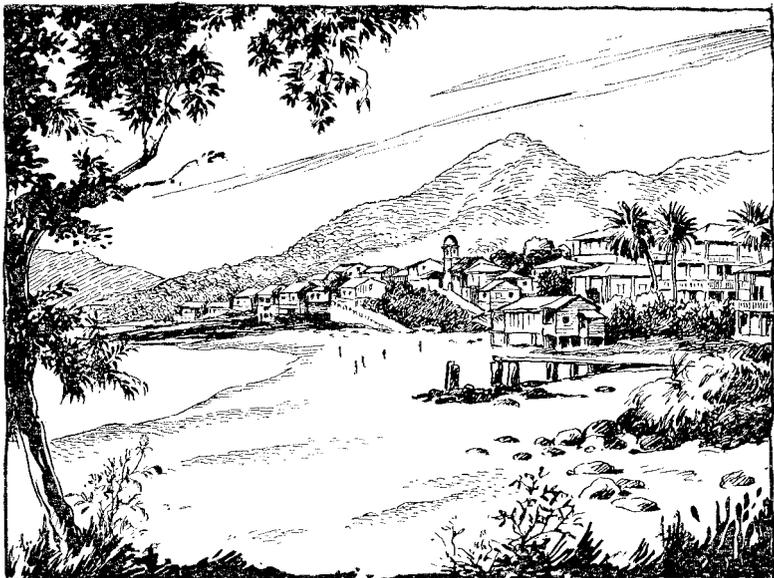
La isla de Taboga

Las pequeñas vacaciones que el profesorado panameño disfruta después de los exámenes mediales de curso, me permitieron ir un mes de septiembre a conocer la isla de Taboga, que tanto prestigio tiene en el país como lugar de esparcimiento y descanso. Unas lanchas motoras hacen el servicio de viajeros con la isla y tardan un par de horas en cada viaje. Al lado de la isla de Taboga están la de Taboguilla y la Uravá. La mole de madera del Hotel Aspinwall domina la altura. En el desembarcadero numerosos bañistas contemplan con el prestigio de su piel morena de sol a los que llegamos blancos y anémicos.

Subimos hacia el hotel por sus escaleras de material que forman un estrecho camino que asciende entre un rústico borde de peñas. En la terraza del hotel están desayunando con los vestidos de baño puestos y los albornoces. El mar inmaculado brilla al cálido sol tropical de un blanco azulado. La isla, que es famosa por sus piñas, nos permite un rico desayuno que empieza por sus dulces ruedas. En mi vida he vuelto a comerlas más sabrosas.

Alquilo una barca. Nos paseamos por la playa. Aunque evité los rayos solares no quedé libre de la más aparatosa quemazón que he sufrido en mi vida. Las espaldas se me

convirtieron en una serie de grandes ampollas dolorosas. Mi pecado fué no proteger mi piel con grasas. La cicatriz de mis espaldas duró casi un año como recuerdo caluroso del sol tabogueño.



Isla de Taboga

Desde la barca contemplamos el pueblo dormido a la falda de la montaña, acercándose a la playa con sus casas de abiertos corredores de madera presididos por el bastión de la blanca torre cuadrada de su iglesia. En la playa del San Sebastián panameño predomina la campechanía y el trato de todos, dentro de la corrección. Formamos grupo mucha gente con los jóvenes y tomamos parte en sus juegos con gran regocijo de ellos, que se ríen francamente de

nuestra torpeza. Probamos la fuerza de todos en el tiro de la cuerda. Una vez todos los hombres de un lado y las chicas del otro. Por poco si sufrimos la vergüenza de la derrota el elemento masculino.

De Taboga, esta bellísima isla del Pacífico, salió uno de los destacamentos que fundó Panamá. En ella se refugió también Gonzalo de Badajoz en 1515 cuando vino de Chame, a protegerse del cacique París...

XIX

El Archipiélago de las Perlas

Lo que hoy constituye el departamento de Balboa dependiente del gobierno de la provincia de Panamá, a unos 80 kilómetros de esta ciudad, es el Archipiélago de las Perlas, que está formado por unas doscientas islas e islotes con una extensión de unos 600 kilómetros cuadrados. La isla más grande es la del Rey o de San Miguel, que tiene una extensión de 20 kilómetros de largo por 3 de ancho. Su ciudad capital es San Miguel, que en fachada y torres de su iglesia tiene conchas de nácar. La más septentrional es la de Saboga que, desde la época de la conquista, es el centro perlero de la industria que da nombre a las islas. Las más importantes, además de San Miguel son las denominadas San José, Pedro González, Bayoneta, y otras menos importantes como Pacheca, Contadora, Chopera, Pájaros, Cañas y Santelmo. Están situadas en el Gran Golfo de Panamá y en la bahía de este nombre.

Cuando en 1513 Vasco Núñez de Balboa pasó el istmo y tomó posesión del Pacífico, las descubrió. Quedó maravillado de que las embarcaciones indígenas estuviesen adornadas de perlas y que los remos o palas estuviesen también cuajados de ellas. Pedrarias, celoso de la gloria de Balboa,

envió una expedición que mandó Gaspar de Morales llevando como segundo jefe a Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú. Pasaron al Mar del Sur y de allí en canoas a la isla Rica (como la llamó Balboa) cuyo nombre, por indicación del gobernador Pedrarias, cambió en isla de Flores. Con la solemnidad con que Balboa tomó posesión del mar, Morales tomó posesión ante escribano de ella, en el nombre del Rey y del Gobernador de Castilla del Oro.

Los indios se resistieron bravamente; pero, al fin, el cacique Dites, después de fiera lucha, les dió grandes cantidades de oro y 16 marcos de perlas. Una de ellas fué la famosa Peregrina, que era como una pera, tenía 31 quilates y está hoy en poder de la familia inglesa de lord Hamilton, que la compró a Napoleón III en su destierro, después de haber pasado de la corona de España — Felipe II la regaló a doña María Tudor — a la familia Bonaparte de Francia. Además el cacique llevó a sus dominadores a los sitios en que se cogían, hizo bucear a sus hombres y a la vista de los españoles mostró la difícil extracción. El cacique se comprometió a una contribución de vasallaje que consistió en 100 marcos de perlas anuales.

El Archipiélago de las Perlas está formado por bellas islitas verdes, a veces por riscos resbaladizos. Las cabañas son bajas y de techos amarillos. Por los peñascales acariaciados de salitre pululan los guacos que desperezan sus alas grandotas. En las islas las cabras triscan por la roqueda. Los hombres son altos, fornidos y de piel brillante. Estampas de buzos de nacimiento. Las lanchas de los pescadores de perlas se saludan y saludan a la embarcación turista. Desde el mar vemos de un golpe la ciudad de San Miguel: palmeras, cocoteros, calles en línea recta.

Una excursión al interior de Panamá

Acogido a la benévola hospitalidad de las ilustres directoras de la Escuela Profesional de Panamá, una mañana de enero formé parte de su caravana de automóviles que se dirigía al interior del país. A una hora del sol salido el calor nos abrumaba cuando aun nos sacudían las húmedas ráfagas de fresco de la madrugada. Pronto estuvo la fila de coches ante la puerta del “ferry” en que habíamos de pasar el canal.

El parón resultaba molesto, pues el sol nos caía con saña y hacía más patente el calor de los motores y el calor de sus carburantes. Además los coches iban muy ocupados. Completamente abiertos por los lados sin más cubiertas que el ligero techo de lona fácilmente plegable. Se había elegido, como era natural, la época seca. La enorme balsa de madera y hierro que pasa los vehículos de uno a otro lado del canal la veíamos ahora regresar como un gigantesco garage abierto con sus postes de señales luminosas pintados de blanco y sobre aquel puente movable automóviles de todas clases y enormes camiones y las nerviosas chivas aplacadas bajo los pliegues de la bandera americana y los avisos bilingües de los visibles tableros: “Se ruega colocarse si-

guiendo las órdenes que se impartan. Párense los motores, apágucense las luces y no se apliquen hasta que se haya bajado la cadena. Se ruega a los viajeros permanecer en sus carros”, etc.



En el interior de Panamá

En un espacio acotado vienen los peatones con sus envoltorios y sus rostros misteriosos. Pronto se ponen en marcha para entrar en el “ferry”. Todavía aumenta el calor, pues quedamos ordenadamente alineados entre dos filas de coches. No se oye más voz que la del empleado negro que dice en inglés dónde han de ponerse. Cuando se sueltan las amarras y trepida la plataforma experimentamos algún ali-

vio, aumentado por abrir las portezuelas. La vegetación irrumpe en las orillas y los montes, cubiertos de penachos verdes, salen al agua como cortados con hacha.

A los diez minutos estamos en la otra orilla. Cae la cadena y comienzan a salir coches de la moviente plataforma. La carretera de asfalto asciende y pronto sentimos la impresión del bosque. Del corte en la montaña la maleza lo invade todo. Gigantescas raíces se retuercen junto a la disciplina del asfalto. Entre la lujuria verde queda, a veces, el blanquecino cadáver de una palma arrancada al palmeral por la tormenta y los lagartos y las culebras se ahuyentan al ruido de los motores. Un policía motorizado (gorra de plato con el escudo nacional, camisa de reglamento con sus bolsillos repletos y revólver al cinto) detiene su motocicleta, afirma los pies en tierra y enseña dientes blanquísimos en rostro moreno, simpatizando con las alegres canciones de las muchachas excursionistas.

Ha quedado atrás el poblado de Paja y el simpático de La Chorrera. Pasamos los naranjales de Campana, Capira, Bejuco, Chame, San Carlos y la sabana de Río Hato. En todos los pueblos hay amigos que esperan a los excursionistas o familia para saludar a su hija que al regreso podrá quedarse a pasar las vacaciones estivales. Todos son poblados pintorescos. Hay algún edificio de construcción, la iglesia, por ejemplo; pero los coches atraviesan los poblados entre calles formadas por casas que son chozas entre mangos y palmeras. Las paredes son de barro y los techos a cuatro aguas son de cañas y nipa. Gruesas esteras protegen del sol la galería que sobre estacas forma la parte anterior de la vivienda. El espacio que pertenece a la casa o bohío está circundado por palos que anudan alambradas protectoras de la huerta y jardín. Una puerta de estacas da acceso

al recinto familiar. Matas y arbustos lo invaden todo por fuera. Unos braceros chapean los alrededores.

Capira me pareció de los más pintorescos con más sabor de campo, con más rusticidad, florecillas silvestres se aso-



Poblado de Capira

man a sus calles de tierra y mujeres y niños curiosoan y comentan en los marcos de las viviendas o balanceándose abandonadamente en sus hamacas. El viaje comienza a pesar. Bebemos "Orange"; "Coca Cola" y "Ginger Ale" en las cantinas del camino.

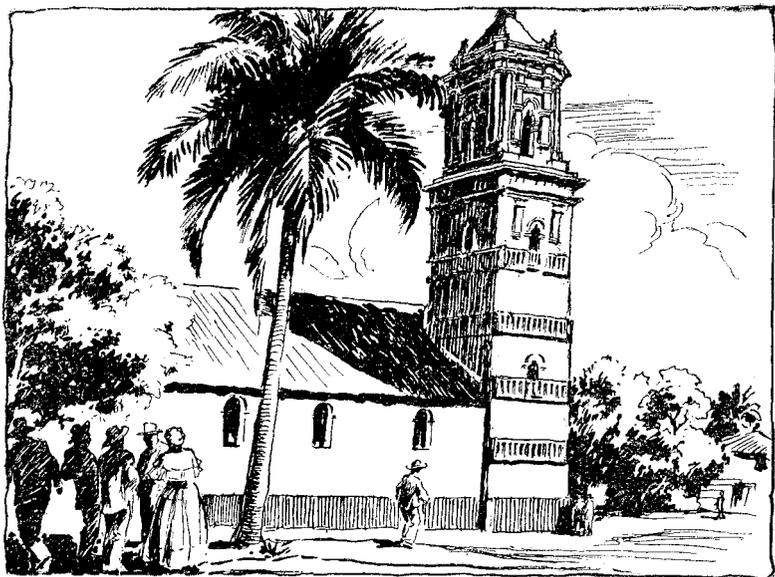
Pasamos Antón con la voladera de su pozo artesiano funcionando en la plaza y con su iglesia donde está el pintoresco altar del Cristo de la Esquipula, y ahora, al medio-

día nos encontramos en Penonomé. Es un pueblo grande. El magisterio tributó un recibimiento cordial a sus compañeros de la capital. La policía nos abre paso y en las calles hay bastante gente que saluda la caravana de automóviles. En los troncos desbastados que sirven de conducción a la electricidad se apoyan indolentes algunos curiosos. Las casas son de material y el asfalto las levanta del suelo formando terraza a la calle bajo un alero de tejas sostenido por vigas de madera.

Penonomé, el pueblo del Saratí, nos brinda el saludo de sus autoridades y maestros, que dejaron huella de su cortesía cordialísima. Hacemos un grupo ante una casa de alegre exterior y confortable interior: dos pisos con un porche de cuatro arcos y columna en el interior, y balcón corrido en galería abierta el superior. Zócalos, columnas, molduras y adornos en blanco sobre un fondo de pintura oscura. El interior de la vivienda respira bienestar; butacas de lona y lana, y mobiliario de buenas maderas. En la galería los "chinchorros" (hamacas de red). Limpieza y pulcritud. Las sencillas maneras de las damas recuerdan la cortesía obsequiosa de las andaluzas. Los hombres, la mayoría vestidos de blanco, todos usaban sombreros.

Los que han venido a hacer la visita a la casa lo sostienen por delante en sus cruzadas manos. Todos los sombreros eran distintos desde el fieltro y el simple sombrero de paja al campero de anchas alas de palma y cinta de colores. El sombrero panameño (el que con un pleonasma llaman "sombrero Panamá Hat") encontré que era el más escaso. Pausados y corteses en la palabra, salpican de chistes su correcto decir. Guardo, no obstante los años pasados, el recuerdo afectuoso a aquellas personas ejemplares. ¿Fué en Penonomé donde hicimos nuestro almuerzo con

los suculentos tamales envueltos en hojas de plátano? ¿Fué allí donde bajo cobertizos de nipa, al aire libre, comimos sobre unos tablones con una gran caldera de chichá sobre la mesa? ¿Dónde esperamos nuestro almuerzo recostados



Natá de los Caballeros

en los mangales? ¿Fué en el baño de las Mendozas junto al río Saratí? ¿Dónde descansamos en sillas de respaldo de alambres de hierro?

Seguimos hacia Natá de los Caballeros. Grupos de chozas a veces se distinguen en los claros. Se agrupan con sus techumbres que de lejos parecen cónicas. Entre ellos los plataneros. A las puertas, cuelgan del techo, que sirve de abierto pórtico, algunas cucurbitáceas. Niños desnudos de vien-

tres hidrópicos corretean hacia las puertas. Las mujeres lanzan su indiferencia a la carretera. La provincia de Colé tiene pueblos interesantísimos. Ahora comenzamos a divisar la torre y las casas de Natá de los Caballeros fundada por el licenciado Gaspar de Espinosa en 1520, cuando no pudo acabar con el cacique París y estableció allí una especie de cuartel general para responder al reto del indio rebelde. Su iglesia fué la primera que construyeron en Tierra Firme los españoles. Nos detenemos ante ella. La torre levanta su sobria arquitectura a un lado de su portada. Cuatro franjas estriadas decoran con las ventanas su cuadrado cuerpo.

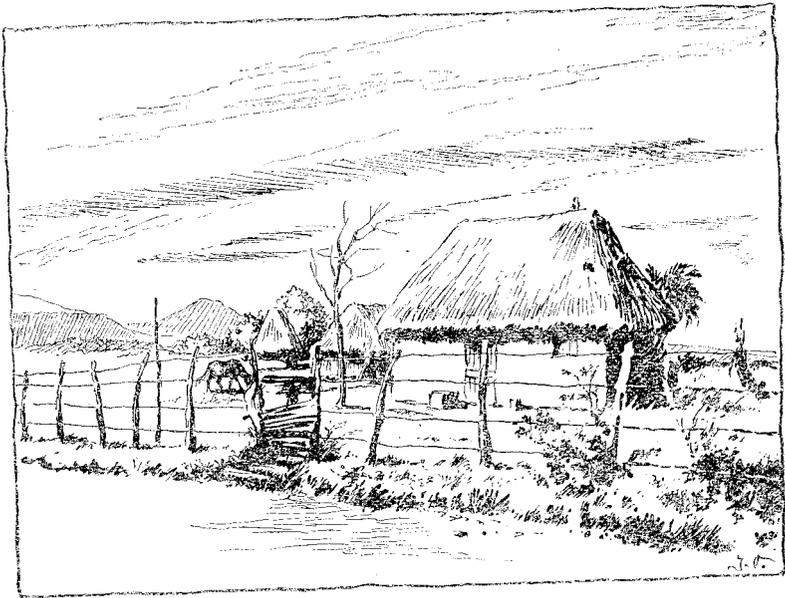
Por difíciles escaleras ascendemos a su campanario. Desde él a través del arco trebolado de sus ventanas, contemplamos el pueblo cargado de historia hispánica. Extendido hacia las márgenes del Río Chico presenta edificios de construcción con techos planos que brillan blancos al sol, como en Andalucía. Los tejados a dos aguas aparecen entre árboles y palmerales. Una especie de vega salpicada de frondosos árboles con un fondo de cuatro montañas se extiende ante la vista saturada de sol y verde. Es una iglesia colonial de columnas de madera, formando tres naves. El ábside es hermoso pero más que éste y los altares barrocos de madera tallada (algunos de gran belleza en su estilo como el de Jesús Crucificado o el de la Purísima) me llamó la atención el púlpito, situado en la nave derecha frente al altar mayor, labrado en madera de níspero con bellas columnitas salomónicas. Aun conserva esta iglesia colonial el resto de su antiguo tesoro, que puede dar una idea del arte de los pueblos del interior de Panamá. Es de esperar que los investigadores panameños desentrañen los nombres de los compatriotas que quizá hace unos siglos trabajaron aque-

llas maravillas de oro y, sobre todo aquel pelícano de plata, bellissimo relicario que muestra el grado de perfección a que se llegó en el istmo en el trabajo de los metales. Es de esperar que algún panameño se decida a continuar las investigaciones que la licenciada Heindrich con buen acierto inició en la cátedra de Civilización Española de la Universidad de Panamá cuando yo tuve el honor de regirla, años más tarde a mi primera visita a Natá. ¿Han aclarado ya los entendidos el problema que plantea un óleo de la escuela de Murillo que había en su sacristía?

Los recibimientos nos retrasan agradablemente. Seguimos viaje. La proximidad al mar nos da un fresco que necesitamos. A los lados de la carretera chozas a cuatro aguas con paredes de barro y puertas de madera. En los espacios alambrados, junto a la vivienda, un caballo está pastando indiferente al ruido de los motores. Próximo a la carretera vemos la pirámide de barro de un hormigero abandonado. Pronto hacemos la entrada en la ciudad de Aguadulce. Los niños de las escuelas nos esperan en calle de honor. Aun los muy pequeños llevan pantalones largos. Todos van de blanco y en mangas de camisa con corbata y cinturón oscuros. Bien calzados, con medio brazo desnudo, nos causan buena impresión en su aspecto físico y sus cabellos bien peinados, así como las niñas. La fila se apiña cuando pasamos, nos miran y hablan sin mirarse ellos, en un auténtico "contacto de codos". Me produjeron buena impresión las escuelas. La excursión es recibida con entusiasmo.

Con nosotros vienen varios aguadulceños y es una de las ciudades del istmo que más hijos ilustres ha dado a la patria (Presidentes como Chiari, próceres como Lasso de la Vega, hombres de estudio como los Méndez Pereira, bibliófilos como el caballero don Nicolás Victoria, y tantos nombres

herencia de Colonia como Rojas y Sucre, etc.). Mi compatriota el doctor Estévez, director del Hospital, me brinda alojamiento en una confortable habitación a ras del suelo.



“A los lados de la carretera chozas a cuatro aguas con paredes de barro y puertas de madera.”

Es un hospital modelo de hospitales provinciales. Magnífico de construcción, de dos pisos, presenta todas las modernidades apetecibles en un edificio de su orden. Una visera de tejas da sombra también al piso bajo de amplios ventanales protegidos, como todo el edificio, con telas metálicas. No me pareció encontrar mucho movimiento de enfermos, lo que me hizo pensar que la provincia es sana. Las comodidades me hicieron creerme cerca de la capital. Los

aguadulceños derrocharon cortesía con la Escuela Profesional, y después de un opíparo banquete (sancocho, tamales, etcétera), tuvo lugar un acto de homenaje a la Escuela. Oí la calurosa oratoria regional, vibrante y sincera, y a don Nicolás Victoria con su expresión sobria, cuidada, severa y conmovida. Éste, cuya rica biblioteca panameña he utilizado tanto como la de la Universidad, es un viejo conservador de gran prestigio.

A continuación se armó el baile del país: El “tamborito”. Al fondo de la sala se reunió la orquesta típica para el baile. La formaban dos tambores de un parche altos, del tronco hueco de un árbol y un tambor de dos parches. Aquellos los tocaban con los dedos, éste con palos. Después se completaban con instrumentos más urbanos flauta, violín del istmo o rabel y violón. Para bailarlo (véase el grabado de la página 49) las muchachas se vistieron de “pollera”, típico traje femenino del baile algo parecido al traje sevillano de volantes que consiste en holgado camión lleno de arandelas y arambeles. Hoy lo bailan sin sombreros con la cabeza adornada de filigranas o “tembleques”. Hacia 1870 todavía lo bailaban con el sombrero panamá calado. Los hombres vienen para bailarlo vestidos de “montunos” (sombreros de palma con el ala levantada por delante, pañuelo de color al cuello, pantalón a media pierna, camisa fuera del pantalón y cutarras anudadas con cintas al pie y la cachimba humeante en las comisuras de los labios y la chacra terciada. La riqueza del vestido femenino, la belleza cobriza de las muchachas, la gracia genuinamente istmeña de los movimientos inaprendibles, hizo pronto, entre el jaleo de las palmadas, un espectáculo inolvidable. También conocí el bello y sobrio vestido campesino de la montuna, también volandero pero estampado con lazo colgante de la

cintura, brazos desnudos, ancha arandela clara a manera de blusa con gran moña de lana para cerrar el escote, donde de cinta o cordón ceñido a la garganta pende una cruz de metal. El pelo les queda recogido en dos trenzas que caen por delante atadas con cintas. La cabeza que adornan flores y los pendientes ostentosos completan su ornato.

Las bellas canciones o coplas del “tamborito” me encantaron por su graciosa sencillez. Iban y venían incesantes como si tuvieran comprometida la respuesta. Escuché “tamboritos” que ya conocía del Club Unión de Panamá y que resuenan en mí como una grata melodía familiar (“El Pandero”, “Y Orelé”, “Florecita blanca”, “El moreno se va”, “Alfredo si tú te vas”, “Mi pollera” y “Vapores y tamborres”). Vi las ceremoniosas cumbias del tiempo de Colombia con ofrenda de candelas y música como de polca y los bailes que ahora llaman “hot” con zapateado como el punto y la mejorana y los vales criollos... Y cantar a los hombres las glosas en décimas del “socavón”.

Cuando nos retirábamos era la medianoche, que la Luna llena hacía casi un amanecer. A la sombra de la Luna vi relucir un collar de cocuyos. La campesina fatigada decía en sus andares el deseo de llegar a su campito y echarse en la cama de caña brava, para a las pocas horas levantarse y poner la paila al fogón. A la mañana siguiente visitamos las salinas de Aguadulce. El lector advertirá el contraste entre el nombre de la ciudad y su principal industria. ¿Estamos en los que fueron territorios del indómito cacique París? Pasamos por Parita (la iglesia tiene una torreta de nacaradas conchas), por Chitré, donde conocí al españolísimo Padre Melitón Martín, ya fallecido; y llegamos a Las Tablas, desde donde emprendimos regreso.

Un paseo a Panamá viejo

Los panameños tienen predilección por este paseo que estaba de moda hacia 1929. La visita a las ruinas de Panamá la vieja ha sido lugar obligado del turista y del hombre que llegaba a Panamá. La antigua ciudad, fundada por el licenciado Gaspar de Espinosa el día 15 de agosto de 1519, fué el lugar donde se encontraron un destacamento que procedía de la isla de Taboga y las fuerzas terrestres que mandaba Espinosa. Antes Antonio Téllez de Guzmán había llegado hasta el caserío indígena y regresado a Santa María de la Antigua con rico botín de oro y esclavos. La fama de Panamá fué grande en España y por Real Decreto en Burgos, 15 de septiembre de 1521, recibió el privilegio de usar escudo de armas; y en diciembre de 1531 se le concedió el título de “muy noble y muy leal ciudad”.

Me siento atraído por conocer lo que queda de aquel glorioso espacio donde corrió la grandeza de España. Voy con el ilustre español don Alejandro Ferrer y Locuix. Seguimos la Avenida Central atravesando el barrio de Calidonia. Las pobres casas de madera tienen sus largos balcones poblados de niños morenitos que disparan el blanco de sus ojos en incesante interrogar a la calle poblada de

tranvías, automóviles, chivas, etc. Es la hora de las seis de la tarde, en que las gentes — que temen el solazo — salen a sus paseos favoritos. Pronto se hace un poco menos congestiva la circulación, pues salimos por el Hotel Bella Vista a la carretera. Una buena pista hace correr al chofer. Por una trocha de las que salen a la carretera divisamos una casita campesina. Nos detenemos a verla.

Una voz amiga nos invita a entrar. Es una cabaña cuadrada que se separa de la tierra sólo por una especie de tarima de madera. Finas cortinas ondean en las ventanas de la rústica morada. Los huecos quedan abiertos sobre la galería que forma la tarima. El tejlar del techo se termina en techumbre de nipa de forma cónica. Una muchacha machaca maíz o malanga como quien practica un viejo rito, sobre un mortero que se levanta medio metro del suelo. La larga maza de madera con que golpea, la sigue un pequeño gato atigrado con la cabeza. Blancas gallinas picotean a su alrededor. Se nos invita a un trago fuerte. Chocamos los vasos e invitamos a la muchacha, pero ella dice que sólo bebe chicha y limonada los días de fiesta.

Se fué la luz del día y el campo respira una indecible paz. El amigo nos va a acompañar también a las ruinas suggestionadoras de la vieja ciudad. Nos despedimos de la muchacha y la lámpara de petróleo alumbra una escudilla sostenida por rústicos palos, pero cubierta con un cubridor de tela bordada limpiísima. Debe contener los granos. Un cantarillo de barro con asa sobre una piedra.

Seguimos la carretera a Juan Díaz. A nuestra izquierda queda el ramal a Pueblo Nuevo y en seguida torcemos a la derecha, dejando la carretera, para ir hacia el mar. ¡Qué silencios más hondos los de estos caminos! De pronto el verde se ve salpicado de ruinas. Árboles, lianas arborescen-

tes, toda clase de arbustos y el bicoro que trepan por las augustas ruinas ocultándolas desde sus cimientos.

A un lado nos ha quedado el Puente del Rey. Por allí cruzaron hacia el interior las picas castellanas con sus



El puente del Rey

mosquetes, cañones y el escándalo de la jauría en busca de conquistas y de oro. Por allí volvían las interminables filas de mulas cargadas de botín para el rey de España. ¿Quién pisa hoy el hundido puente que sostuvo el bullicio de tanta caravana? Bajo sus piedras enyedradas la brisa hace oscilar sus aguas brujas de silencio y olvido. ¿Para dónde camina el pequeño riachuelo que un día reflejó en sus aguas, entre las llamaradas de los incendios de la ciudad,

el terror de sus habitantes ante el despiadado saqueo de Morgan?

Hay un silencio agobiador que en nada se parece a la algarabía de arrabal que un día llenó aquel espacio de bohíos entre este puente y la ermita de Santa Ana. Ahora avanzamos aproximadamente por lo que fué calle de Santo Domingo y lo que fué el tramo oriental del templo de los dominicos (llegaron al istmo en 1571) yace hundido. Cuando nos acercamos a la plaza, junto al mar, la Luna Llena ha dejado el crepúsculo en un punto muerto. Una vegetación exuberante, lujuriosa, de hojas perennes lo cubre todo.

Una iguana, verde esmeralda purísimo, trepa a un árbol sin determinarnos. Nos acercamos a la que fué Plaza Mayor de Panamá. En ella se celebraron fastuosas fiestas y lucieron su lujosa prestancia los funcionarios españoles de lo que fué capital de Tierra Firme, residencia del Gobierno, Audiencia (desde 1538), sede episcopal, Capitanía General y centro administrativo y comercial.

El fuego voraz destruyó y derrumbó lo que durante 152 años había sido ciudad capital de España en América y centro distributivo de la civilización hispánica. Ahora los restos de sus muros en ruinas nos rodean como fantasmas. Con sus vestidos de hierbas nos salen al paso llenándolo todo melancólicamente de recuerdos. La cantera abierta en la falda meridional del cerro de la Matanza, bendecida por la ermita de San Cristóbal en su cumbre, había suministrado estas abandonadas piedras.

De todas las ruinas, la más saliente y doliente es la torre de la primera catedral o iglesia mayor de los españoles en América. Fué iniciada en madera en 1530 por el segundo obispo de Panamá fray Berlanga; después intervino el arquitecto español Antón García; y estos restos que ahora

vemos son del edificio de mampostería inaugurado el día 29 de septiembre de 1626. Ahora tenemos ante nosotros la arruinada torre rectangular de tres cuerpos con sus ventanales desgarrados y el cráneo roto de su campanario de



Panamá Viejo

doce ventanas en cuyos muros crecen los arbustos, únicos sacristanes del hueco recinto.

Las crónicas y las consejas nos cuentan del repicar de sus campanas que fueron consagradas en 1608. Se dice que cuando se fundían en España, la reina echó una de sus joyas y que muchos cortesanos la imitaron, y por eso se dijo que un repicar tan sonoro nunca se había escuchado antes. Los galeones que iban o venían al Perú aseguraban

que, aun lejísimos, les llegaba el bello timbre aurífero de las campanas de la catedral panameña... y la cobijaba, a 90 pies de altura del suelo, una cúpula que estaba recamada de conchas de nácar.

Nos asomamos a su recinto destechado y abierto a los brillantes tachones de los luceros. En un angustioso silencio vegetal, silban las serpientes y los lagartos nos miran tras las esquinas de lo que fueron bases de piedra de las columnas que marcaron las tres anchas naves del templo en que tantos españoles célebres han rezado. En los intersticios de los grandes ladrillos del pavimento se agita la vida misteriosa de los reptiles.

Salimos nuevamente a la plaza. En esta explanada hacia el mar estuvieron las dependencias prosaicas y tristes: carnicerías, cocinas, cárcel, etc. Hoy estos lugares tienen sus cimientos, a la luz de la Luna, acariciados por las mareas y perturbados por las barracas de diversión moderna. A la plata de la Luna resaltan los otros restos de monumentos: los grandes muros que fueron edificios administrativos y, sobre todos, las ruinas de los conventos.

El de San Francisco de tan gloriosa historia y de cuya Orden era el primer obispo de Tierra Firme; el de los jesuitas iniciado por el Padre Miguel de Fuentes que llegó del Perú en 1578 enviado por el virrey don Pedro de Toledo; y el más moderno de todos, según lo muestran sus arcos, ventanas y muros, el de los agustinos recoletos que fué fundado en 1612 por fray Vicente Mallol, que puso su iglesia bajo la advocación de san José. ¿Pertenece a esta iglesia el maravilloso retablo recubierto de oro que vimos en San José de la moderna Panamá? Probablemente sí. Tenía una alberca repellada de cal para recoger el agua de lluvia. Estos padres fueron los misioneros del Darién y del Chocó.

Del primer convento fundado en la ciudad no queda nada. Fué en 1522 cuando se fundó la Merced. De su importancia histórica baste recordar que en él confesó y comulgó con sus soldados Francisco Pizarro antes de emprender la tercera expedición para la conquista del Perú. En la red de conventos también hubo uno de monjas. El Arzobispo de Lima, ante insistencias y seguridades económicas de Panamá, envió en 1602 cuatro madres y varias novicias. El convento de monjas de la Concepción fué famoso y en él profesaron hijas de las mejores familias. Cuando la destrucción de la ciudad en 1671 había ya 50 monjas y unas 100 sirvientas.

Hubo un colegio de los jesuítas sostenido por la ciudad. También un popular Hospital que primero se llamó de San Sebastián y luego de San Juan de Dios. Un gran hispanófilo, orador e historiador panameño, doctor Samuel Lewis (muerto en 1939) ha reconstruido con acierto las calles de la perdida ciudad y aclarado con erudita fijeza sus lugares... Pero ¿qué queda de aquella calle de Santo Domingo o de las que concurrían a ella como la de la Carrera (a orillas del mar), la Empedrada que llegaba a los muros de San Francisco, la del Obispo (llena de conventos) o la de Puentezuelas? ¿Qué hubo de su Plaza Mayor? Ni los empedrados de las calzadas quedaron en este esqueleto amortajado por la pletórica vida de la selva. Nuestros pies caminan ahora sobre el asfalto que traza un camino en lo que fué la explanada que se extendía por las orillas del mar entre el río Gallinero (Río Abajo) y el Algarrobo (Quebrada de la Carrasquilla) cubriendo una distancia de 1.300 metros más o menos y tierra adentro unos 440. Su área era de 57 hectáreas y media.

Hombres y casas que resistieron los terremotos de mayo

de 1621 han sido aniquilados por el fuego y el tiempo. ¿Qué fué de las setecientas casas de madera del país que formaban sus calles donde habitaban doce mil vecinos? Pasamos ante una gran piedra, como la rueda de un molino, tal vez picota. Por allí estuvo la Merced y el Fuerte de la Natividad y, pasando un puente, el Matadero. En el espejo del mar se recuesta un barco encallado y desarbolado. Y la carretera va tierra adentro. Árboles y ramas negras, bajo un cielo reluciente de luna, son ahora sus mudos habitantes. En las aguas pantanosas los batracios profanan la soledad y el silencio con su descarado croar. Sobrecoge la misteriosa vida de los seres que se sienten alentar entre la selva. Las luciérnagas despiden luz en la espesura acusando su presencia...

Volvemos a la carretera que va a Panamá. Los iluminados cajones amarillos de las chivas van atestados de morenos que para entenderse con el ruido del motor han de gritar más que lo de ordinario. Nos adelantan en imposible velocidad aturdiéndonos con sus destempladas bocinas. No cabe duda que ya empieza la Avenida Central de Panamá. A la derecha dejamos el Canódromo que ya está concurridísimo y su pista iluminada para ver correr la liebre mecánica y gastarse la plata apostando a los perros. A nuestra izquierda, el hipódromo de Juan Franco. El bullanguero callejeo panameño de hoy al pasar por los iluminados comercios nos recuerda el ayer guerrero y conventual de Panamá que se quiebra y se hunde en la maleza regado con sangre de indios y de conquistadores y colonos hispánicos. Escasamente veinte minutos separan la moderna ciudad de las viejas ruinas, tres siglos en el tiempo y una eternidad en el modo de vivir.

XXII

La cultura en Panamá

En relación, es uno de los países más cultos del mundo. Las estadísticas hasta 1929 señalaban que sólo en la capital estudiaban en las escuelas doce mil niños; es decir, que el 20 por 100 de la población estaba formada por escolares. Ha de advertirse que por ley es obligatoria la enseñanza primaria, y que ésta y la segunda son gratuitas. En 1926 había 446 escuelas primarias en el país regidas por inspectores que residían en Aguadulce, Antón, Bocas del Toro, capital, Colón, Chitré, Chorrera, David, Garachiné, Las Tablas, Nombre de Dios, Penonomé, Pesé, Remedios, San Francisco, Santiago, Soná y Taboga. En 1929 ya había 591 escuelas y 18 distritos escolares.

Las escuelas de la capital, que llevan los nombres de España, de los países americanos y de los próhombres panameños, están muy bien organizadas en grados y con competentes directores y maestros y excelentes edificios. Tales el Centro Manuel Amador Guerrero y la Escuela de Chile. Además de las escuelas oficiales hay centros de enseñanza privada o que sólo reciben una subvención oficial. Los más importantes son el Colegio La Salle, de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuyo batallón Juana de Arco

es un modelo de disciplina militar infantil; el Colegio de San José (de Marina como es popularmente conocido en el país), que es sólo de señoritas, también de mucha matrícula; éste y los de María Inmaculada, regido por monjas bethlemitas, y María Auxiliadora, muestran la atención que hacia la educación femenina sienten los panameños. Padres y religiosos salesianos atienden la educación y preparación de los niños y niñas pobres para los oficios y empleos mediante la ayuda de becas que concede el Ayuntamiento de Panamá. De estos hospicios salesianos salen notables obreros. Hacen impresiones de libros y ricas encuadernaciones. Una panameña de origen modesto impulsó los talleres-escuelas donde adquieren preparación para los oficios y la debida educación social las muchachas de las clases obreras no muy sobradas de recursos para hacer frente a su instrucción.

El Estado panameño no ha olvidado la instrucción de los adultos — muchos de ellos llegados al país para las obras públicas — en estado de analfabetismo y costea escuelas nocturnas para instruirlos elementalmente; así como hay una Escuela de Artes y Oficios que les prepara una profesión honrosa.

Dos grandes centros mantiene el Estado para la instrucción de la mujer cuyo prestigio ha ido en aumento la Escuela Normal de Institutoras y la Escuela Profesional de Señoritas, ambas modelos de organización y dirección. El gran avance en la educación del país se debe al Instituto Nacional, el nido de águilas como lo han llamado los panameños. Cuando se construyó el edificio se creyó que nunca podría llenarse y, sin embargo, hoy resulta insuficiente en su área de 8.000 metros cuadrados con su cancha deportiva inmediata, de análoga medida. Magnífico edificio de